

Amigos, es decir, testigos

**Asamblea Internacional de Responsables
de Comuniñ y Liberaciñ**

La Thuile, 25-29 de agosto de 2007

En portada:

Caravaggio, *La vocación de San Mateo* (detalle), 1599/1602.

Iglesia de San Luis de los Franceses, Roma. © Foto: Archivo Scala, Florencia.

En la Asamblea Internacional de Responsables este año hemos querido comprobar el trabajo realizado sobre los Ejercicios espirituales de la Fraternidad, bajo el lema: «Cristo me atrae por entero, tal es su hermosura».

Desde la primera asamblea se hizo patente la dificultad para reconocer al Misterio actuando en la realidad, para adquirir una familiaridad con Él en las circunstancias cotidianas. Solos no podemos hacer frente a esta dificultad, como todos sabemos cuando consideramos nuestra experiencia. Por eso, sólo porque el Misterio se hace presente con toda su potencia podemos llegar a tener familiaridad con él.

De hecho, porque tuvo compasión de nosotros el Misterio entró en la historia en un determinado momento del tiempo convirtiéndose en un factor de la realidad, no para sustituirnos en el drama de la vida, sino para ayudarnos en nuestra aventura humana. Así nos lo recuerda don Giussani: «Dios, del que todo deriva, permanecería en la vaguedad y no llegaría a determinar la vida si Él mismo no hubiera entrado en ella como un Factor, un Factor determinante que le da significado, densidad y valor» (El rostro del hombre, p. 28).

Sólo la presencia histórica de Jesucristo, que se hace contemporánea a nosotros en la Iglesia, puede ofrecernos una educación capaz de introducirnos en la realidad hasta su fondo, hasta reconocer al Misterio presente en ella. En otras palabras, para que lleguemos a una familiaridad con el Misterio hacen falta personas que nos corrijan incansablemente, nos ayuden a avanzar cuando nos detenemos en las apariencias y nos reconduzcan al camino cuando nos salimos de él.

Necesitamos testigos, es decir, amigos que reconozcan al Misterio presente y nos ayuden a reconocerlo sin sustituirnos en nuestra relación con Él. Amigos, o lo que es lo mismo, testigos que no nos ahorren el esfuerzo del camino de nuestra razón y libertad.

Este cuaderno puede ser una ayuda para entender qué tipo de trabajo nos espera sobre el contenido de los Ejercicios de la Fraternidad. Lo ofrecemos a todos como un ejemplo del compromiso necesario para vivir; para que Cristo no se quede lejos de nuestro corazón, como una simple “palabra” que nunca acontece en nuestra vida. Por eso somos amigos.

Sábado por la tarde
25 de agosto de 2007

INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

«Cristo me atrae por entero, tal es su hermosura»¹. Pero para que Cristo me cautive es necesario no reducirlo, que se manifieste con toda Su belleza, con Su atractivo, para que me lleve completamente hacia Él. «Invocar al Espíritu Santo –decía don Giussani en uno de los últimos textos publicados en *Huellas*– es pedir que nos haga salir de nosotros mismos y penetrar en la profundidad insondable de Cristo, que nos haga comprender las medidas de Cristo, por tanto, participar del hecho de Cristo, y nada más»². Nosotros experimentamos muchas veces cómo reducimos a Cristo a nuestros esquemas: cuanto más conscientes somos de ello, más necesitamos suplicar al Espíritu para que su poder permita que Cristo penetre en nosotros, haga que resplandezca Su verdad ante nuestros ojos. Cuanto más sintamos esta necesidad, con mayor conciencia podremos suplicar y cantar *Desciende, Santo Espíritu*.

Desciende, Santo Espíritu

«Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados»³. Debemos pararnos ante Alguien que nos mira así, que mira así nuestra nada, hasta el detalle de los cabellos: sólo si dejamos penetrar en nosotros esta mirada, si nos ensimismamos con Quien nos mira así, podremos verdaderamente descubrir hasta qué punto existe Alguien que tiene una pasión tal por nuestra vida.

Cada uno puede haber llegado aquí con sus problemas, sus preocupaciones e inquietudes. ¿Cuál es la primera iniciativa del

Misterio en este momento, que ninguna de nuestras preocupaciones o desasosiegos puede impedir? Llegas aquí y te encuentras con una Presencia que te dice: «Hasta los cabellos de tu cabeza están contados». Ninguna de mis preocupaciones puede impedir al Misterio que tome esta iniciativa “antes” que cualquier otra cosa. Este “antes” lo define todo. «Él nos amó primero»⁴, dice san Juan. Y san Pablo recuerda a sus amigos de Éfeso: «Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo»⁵.

Comenzamos juntos mirando este factor que viene antes; dejemos entrar este “antes”, lo primero de todo: se trata de preferir este “antes” a cualquier otra cosa. San Pablo concluye el himno, en el que hace conscientes a sus interlocutores de la elección de la que han sido objeto, con un deseo, que es el mismo que tengo yo para cada uno de nosotros: que ilumine «los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados por él; cuál es la riqueza de gloria otorgada por él en herencia a los santos, y cuál es la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa»⁶.

Esto es absolutamente anterior en el tiempo. Escribe san Agustín: «Es incomprensible el amor con el que Dios nos ama [es tan misterioso que es incomprensible] y no se halla sujeto a mudanza. No comenzó a amarnos cuando fuimos reconciliados con él por medio de la sangre de su Hijo, sino que nos amaba antes de la creación del mundo, llamándonos a ser hijos suyos junto al Unigénito, cuando aún no éramos nada. Por tanto, el hecho de que por medio de la muerte del Hijo hayamos sido reconciliados con Dios no debe ser entendido en el sentido de que Él empezó entonces a amar lo que antes odiaba, como se reconcilia un enemigo con el otro y los dos se hacen amigos, comienzan a amarse mutuamente del mismo modo que antes se odiaban. Nosotros hemos sido reconciliados con quien ya nos amaba y con quien estábamos enemistados a causa del pecado»⁷.

Este “antes” es el secreto de todo. Por esta razón decía don Giusani en uno de los *Equipos* con los universitarios que se encuentra en el libro *Certi di alcune grandi cose*: «Así como Dios partió de la piedad para crearnos de la nada, también nosotros debemos partir de la piedad, porque sólo ella [no nuestros esfuerzos, sólo

la piedad de Dios por cada uno de nosotros] nos sacará de la nulidad de nuestra desidia, de nuestra indolencia e insensibilidad»⁸.

Si Dios parte de la piedad, hagamos nosotros lo mismo, partamos de este hecho que precede a todo. Por esta piedad empezamos nuestro camino. Y no sólo es un hecho anterior en el tiempo: es el “antes” de cada instante, previo a cualquier otra cosa, anterior a cualquier pensamiento nuestro. Es más, podemos pensar sólo porque existe este “antes”. Si no hubiera existido este “antes”, si no existiera ahora la iniciativa de Alguien que nos elige, que nos da el ser, que nos ama con esa pasión y tiene piedad de nuestra nada, no existiríamos, no existirían ni siquiera nuestros pensamientos. Podemos pensar lo que queramos y tener la imagen de nosotros que nos plazca, pero será errónea si no tiene como punto de partida este “antes”.

Las palabras de don Giussani nos indican el método: no son nuestros pensamientos o propósitos, sino la piedad de Dios hacia cada uno lo que nos sacará de nuestra nulidad, indolencia e insensibilidad. Es necesario que reconozcamos presente esta piedad como algo que está sucediendo ahora, como una presencia que abraza mi nada, como una mirada presente que tiene este juicio: «Hasta los cabellos de tu cabeza están contados». No es un sentimiento, es un juicio, una mirada, una afirmación, un reconocimiento del valor que tenemos para Aquel que nos hace en este instante. Es impresionante descubrir a alguien como don Giussani que vive con esta conciencia, que se conmueve al no dar este hecho por sabido. «El misterio de la Trinidad gobierna la vida del hombre y del mundo –hemos leído en *Huellas*– [...] Cada día de nuestra vida está dominado por el misterio de la Trinidad, debe estar dominado por él [por este misterio]. El misterio de la Trinidad es el “*Dominus*”, es verdaderamente el Señor, el dueño, aquel que nos posee, porque hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados». Y continúa: «No hay suspiro del alma ni sentimiento del corazón que no obtenga energía y consistencia de él [de este misterio de la Trinidad]»⁹.

Hasta la última fibra de nuestro ser está poseída, invadida por esta Presencia, porque hasta el último suspiro del alma, hasta el último sentimiento del corazón están hechos de Él. Como dijimos en los Ejercicios, esto es un dato, no una convención: no hay que ponerse de acuerdo sobre ello, es un hecho. ¿Por qué es un dato? Porque nadie podría prolongar su vida ni un segundo: no podemos hacerlo, ni todos juntos ni cada uno por su cuenta. No hace

falta ponerse de acuerdo. Es más, lo que nos hace estar de acuerdo es el reconocimiento de esto: «Otro nos domina». La comunión se produce por este reconocimiento, no por ponerse de acuerdo.

Justamente por esta razón le urge a don Giussani pedir, suplicar el don del Espíritu: «“Envía tu Espíritu y volverá a mí la vida, envía tu Espíritu y renovarás la faz de mi tierra”. Creo que esta es la tarea concreta para vivir este largo periodo de tiempo [todo el tiempo de la vida], la conciencia de estar dominados por el misterio de la Trinidad». ¡Qué bello sería que todos pudiéramos decir: «Nadie experimenta como nosotros el gusto profundo de ser dominados»¹⁰. ¿Cómo podemos vivir así? Sólo si la potencia del Espíritu actúa de tal modo que nos permita hacerlo nuestro. El Espíritu no viene a traernos nada distinto de lo que nos ha traído Cristo, sino a hacer que Cristo sea mío, profundamente mío, a hacer posible que todo lo que sentimos, lo que hemos encontrado, sea cada vez más nuestro. Todos sabemos lo lejos que muchas veces estamos de esta conciencia, de la conciencia de esta Presencia que debería dominar el sentir de nuestro yo. ¡Qué lejos estamos! Pero cuando hemos tenido una mínima experiencia de lo que esto significa, aunque haya sido por un instante, ha sido como el fin del mundo. Por eso, el que ha tenido esta percepción, aunque sólo haya sido por un minuto, desea que vuelva a suceder, siente la urgencia de gritar al Espíritu: «Haz que esta conciencia sea mía, que no diga “Cristo”, como digo “botella” o como podría decir cualquier cosa seria, incluso ortodoxa, pero banal, que me deja como estaba; haz que todo esto sea mío de modo que experimente el profundo gusto de que me llenes, de que me domines». Cuanto más conscientes somos de nuestra pobreza, más nos apremia esta petición, más urgente sentimos la necesidad de que Otro nos ayude. Esta mirada, este “antes” es el que Jesús hacía experimentar a todo el que lo encontraba, como decíamos en los Ejercicios con aquella expresión que repite el Evangelio: «Tuvo compasión de ellos». «Viendo el gentío sintió compasión»¹¹, como la siente ahora por cada uno de nosotros.

¿Por qué nos cuesta tanto dejarnos penetrar por esto, que sea lo que domine? La vida sería distinta si viviésemos con la conciencia de estar verdaderamente dominados por Otro, de ser amados así, con una mirada llena de ternura. La fatiga que sentimos no es por falta de energía, sino por resistirnos a dejar entrar este hecho que nos precede. No podemos evitar este “antes”; este “antes” existe, la iniciativa del Misterio no depende de nosotros: Él la toma en primera persona. Esta preeminencia es absoluta, pero parece que

muchas veces nos resistimos a dejar entrar su mirada. Como decíamos en los Ejercicios retomando lo que observaba don Giussani: «Es una resistencia a la belleza, no al sacrificio, sino a la belleza»¹². ¿Por qué? ¿Por qué nos resistimos a la belleza? Porque si uno deja entrar por un instante esa mirada, perdería la partida, estaría arruinado, le fascinaría tanto que al instante estaría “perdido”. Para detener la partida hay que resistirse al inicio, hay que encontrar una objeción que impida el atractivo, hay que resistir a la fascinación.

Los Evangelios testimonian la resistencia, el escándalo («No es posible una mirada así, no es posible que alguien me mire así»). Por eso dice Jesús en el Evangelio: «Bienaventurado quien no se escandaliza de mí». ¿Pero dónde está el escándalo? ¿Sabéis cuándo dice Jesús esta frase? Después de que los discípulos de Juan el Bautista fueron a preguntarle: «¿Eres tú el que debe venir o debemos esperar a otro?», y Jesús respondió: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva». Todo lo que aquí dice expresa su pasión por nuestra humanidad. Y tras el elenco de signos de su pasión por nosotros, Jesús añade: «Bienaventurado quien no se escandaliza de mí»¹³, el que no opone resistencia. Jesús manifiesta a través de todos estos signos la novedad que traía. Y lo más desconcertante de todo es que se les anunciaba la Buena Noticia a los pobres, a los “Zaqueos”, publicanos y pecadores: nadie quedaba excluido por su mal o incapacidad de participar en la novedad que Él introducía en la Historia. El anuncio se dirigía a todos y muchos se resistían a aceptarlo. Mediante estos signos, Él introducía una novedad en la historia: a todos se les anunciaba la ternura del Misterio. Lo mismo nos sucede a nosotros ahora, tal como somos, antes de cualquier otra cosa, sea cual sea la situación en que nos hallemos, el Misterio toma una vez más la iniciativa, y antes de que llegues a “calentar la silla”, te dice: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados». Muchas veces podemos “sentir” ante esto: «¡No es posible!». Pero cuando Jesús te habla así introduce en el mundo algo verdaderamente distinto, algo que reconocemos como único. Y por eso podemos tomar esta novedad radical como excusa para defendernos: «¡No es posible!». El escándalo es la coartada para no “cambiar de postura”. El que no está disponible es difícil que acepte un amor tan desmesurado, tan desproporcionado, tan distinto. Esta diferencia es el signo de lo divino, el signo de que ha entrado en la historia algo nuevo, diferente.

Estamos aquí para ayudarnos, para pedir que el Espíritu, haciendo resplandecer la Belleza de Cristo ante nuestros ojos, venza esta resistencia y nos permita experimentar una intensidad de vida como la que Él ha introducido. Estamos aquí para que crezca la familiaridad con Él, para participar en esta novedad, para que no venza en nosotros la resistencia. Ayudémonos a dejarnos provocar dándonos mutuo testimonio, sosteniéndonos recíprocamente y todos juntos.

Como método de trabajo, retomaremos los Ejercicios de la Fraternidad. Ojalá todos hayáis comenzado ya a trabajar sobre lo que nos dijimos en los Ejercicios. Sobre todo para no desaprovechar la novedad que suponen para nuestra vida cotidiana: como hemos dicho, el asunto decisivo es comprender la insistencia de Jesús en la religiosidad. Si no vivimos dicha religiosidad, incluso las relaciones más significativas de la vida no son nada. Por eso nos interesa ayudarnos a entender, a entrar en esa preocupación de Jesús, que don Giussani nos ha enseñado de manera tan persuasiva y fascinante. Mañana dedicaremos todo el día a este trabajo. Tendremos una asamblea en la que contar vuestros testimonios, las preguntas que hayan surgido o las dificultades que tenemos: no estamos aquí para repetir discursos, sino para acompañarnos en un camino y compartir una experiencia. Todos hemos escuchado frases bonitas; pero si no las hacemos nuestras, nos hartamos. No podemos sucumbir, resignarnos a lo que decía Saturnino de los cultos antiguos: «Cosas que siempre están, pero que nunca suceden»¹⁴, palabras que nunca suceden en la vida. Sería una verdadera desgracia. Para que sean nuestras las palabras deben convertirse en experiencia.

Acompañarnos en este camino, preguntar por dónde ir y compartir las dificultades hará que sea cada vez más nuestro lo que hemos dicho en los Ejercicios. Por eso, mañana no queremos discursos, sino el relato del trabajo que hemos realizado. Al leer el segundo tomo de los *Equipos*, impresiona la cantidad de veces que don Giussani les hace ver que no han hecho el trabajo que se les pedía. Espero que no pase lo mismo y que trabajemos cada vez mejor. Don Giussani lo señalaba hace muchos años –se ve muy bien en el libro– y hoy nos encontramos en una situación muy parecida. Mañana tendremos la oportunidad de ser verdaderos compañeros hacia el Destino.

Domingo por la mañana
26 de agosto de 2007

ASAMBLEA

Julían Carrón. Bastaría con fijarnos en lo que nos ha sucedido escuchando el canto *Il mio volto*¹⁵, para entender bien el trabajo que nos espera hoy. Cuando os invito a ir hasta el fondo de las cosas, a ensanchar la razón, no os pido algo “intelectual”, sino una mirada sobre la totalidad de la experiencia, que no se detiene en la apariencia. «Dios mío, me miro y descubro que no tengo rostro; miro en lo hondo de mi ser y veo una oscuridad sin fin». Uno puede mirar su rostro y ver la oscuridad sin fin, pero hay más. Mirar hasta el fondo quiere decir darse cuenta «de que Tú existes» –«Sólo cuando me doy cuenta de que Tú existes...»–: incluso en este instante lleno de oscuridad, hay Otro que me hace. Pero ¿cuál es la prueba de que he llegado hasta el fondo y no me he quedado en las apariencias? Que «oigo de nuevo mi voz y vuelvo a nacer al igual que el tiempo que vuelve a nacer del recuerdo». La prueba de que no me quedo en un trabajo puramente intelectual, sino que he llegado al fondo de la realidad, al Tú del que nace todo, es que renazco yo. «¿Por qué tiembles, corazón? Tú no estás solo», tú «eres amado; no sabes hacerte y Otro te hace». ¿Qué ha sucedido en nosotros al escuchar este canto? ¿Hemos renacido? ¿Hemos vuelto a oír nuestra voz («como un eco oigo de nuevo mi voz») no como un eco estético sino como señal de un renacer?

Nuestra dificultad, que todo lo vuelve inútil, estriba en una «falta radical» de la que ya hablaba don Giussani hace años como se lee en *Certi di alcune grandi cose*¹⁶: «Tenemos una carencia atroz, [...]

una tremenda carencia de estupor ante la belleza [que es señal de] una incapacidad de afecto». Esta falta radical de afecto nos impide tener experiencia del Misterio. Por eso nos ahogamos en la realidad, porque «al margen de la conciencia del todo [del Misterio], el hombre se sentirá siempre prisionero o hastiado»¹⁷.

Cuando tuve ocasión este año de ir a Londres para participar en una asamblea, percibí, casi palpé, que sin advertir la presencia del Misterio no se entiende nada de lo que sucede, no se comprenden las experiencias humanas más significativas y, por tanto, lo que ocurre nos deja cada vez más confusos. Escuchando la intervención de una persona que trabaja allí en la *City* que después de catorce horas vuelve a su casa y está insatisfecho, aunque gana un montón de dinero, se impone la pregunta: ¿qué es, pues, la vida? Sin el Misterio, sin la percepción profunda del Misterio, nada satisface. Lo habéis comprobado también en las vacaciones, en el tiempo del descanso: sin la percepción del Misterio, todo nos aburre. Por eso, o nos ayudamos a percibir el Misterio y nos acompañamos, o es inevitable que antes o después nos volvamos escépticos.

Habíamos quedado en verificar personalmente una propuesta. En los Ejercicios de la Fraternidad os lancé un reto: «¿Alguna vez correremos el riesgo de verificar la propuesta de Cristo?». Después, dedicamos un tiempo al trabajo sobre los Ejercicios para sostener esta verificación personal. Ahora queremos compartirla.

Por tanto, se trata de testimoniar cómo hemos verificado esa propuesta, no de comentar lo que último que se nos ocurre; eso no me interesa, pues no sirve para hacer un camino. No me interesa que uno capte algo, salga y lo cuente; no sirve, y puede que nos vuelva escépticos. Hemos tenido delante durante meses la propuesta que nos hace don Giussani. ¿Qué hemos hecho con ella? ¿Cómo hemos trabajado sobre ella? ¿Qué nos ha suscitado? ¿Qué preguntas surgen? ¿Qué dificultades han aparecido? ¿Dónde nos hemos atascado? ¿Qué no entendemos? Tenemos que abordar todas estas cuestiones, sin olvidar nada. Disponemos del día entero para caminar juntos y ayudarnos.

Intervención. Gracias al trabajo durante este curso y a la reflexión sobre los Ejercicios de la Fraternidad estoy descubriendo cada vez más a Cristo en mi vida como Aquel que me libera. A través de la realidad del movimiento Cristo me educa a entender por qué existo y cuál es la meta de mi existencia; a través del carisma, que me reclama a mi necesidad del Misterio, del Infinito, me libera

fácilmente de todas las imágenes que se agolpan en mi mente. Reconozco su presencia como liberadora, ante todo, porque me otorga una nueva conciencia de mí mismo. Sin su presencia en mi vida, sin este carisma, pensaría en mí como alguien que no tiene ni grandeza ni valor. Un modo más verdadero de entenderme me libera. La verdadera esclavitud es la mentira, y su presencia me libera porque me reclama a la verdad de mí mismo.

El segundo aspecto de esta libertad que veo crecer en mi vida es la relación con la verdad de todas las cosas. Sin Cristo me quedaría atrapado por las apariencias, esclavo de las circunstancias tal como se me presentan. Reflexionando sobre los Ejercicios, resulta liberador aceptar la invitación a relacionarme con el sentido de todo, de forma que todo momento y persona se convierte en la invitación a relacionarme con Otro, con el Misterio.

Carrón. A ver si he entendido bien: sientes que Cristo te libera porque te revela la verdad de ti mismo.

Intervención. Sí, en primer lugar, eso.

Carrón. Y eso es pensar en ti de modo adecuado.

Intervención. Exactamente.

Carrón. ¿En qué sentido?

Intervención. Podría concebirme como alguien que es capaz hacer cosas, de lograr objetivos, incluso morales, en lugar de reconocer que yo soy la relación con Alguien más grande que yo.

Carrón. ¿Entendéis? El primer don, el primer regalo que Cristo nos trae, es una concepción verdadera de nosotros mismos. Él ha puesto un ejemplo: en vez de concebirme como alguien que debe hacer cosas, lo cual supone que nunca estoy satisfecho, empiezo a concebirme como relación. Si comenzamos a mirar cara a cara quiénes somos, a preguntarnos «¿qué soy yo?», dejamos entrar una manera distinta de percibir lo que somos.

Intervención. Por ejemplo, irme a la cama por la noche y pensar en lo que he conseguido es distinto de irme a descansar sabiendo que «mi deseo es más grande». Quiero terminar

diciendo simplemente que me levanto por la mañana y quiero seguir a Cristo, porque de no ser así, vivo como un esclavo. Las palabras que me liberan llegan a mí como una continua invitación: «Sígueme». Cristo no se cansa de buscar a uno como yo (y no sólo a uno como yo), no se cansa de buscarme cada día y decirme: «Sígueme». Esta es la presencia de Dios en mi vida, porque es la presencia de la misericordia. Entonces, cuanto más lo reconozco y quiero hacer el trabajo que nos propones, más asombro me produce que Él quiera liberarme, que entre una y otra vez en mi vida para liberarme.

Intervención. Leo una frase de la introducción de los Ejercicios: «Si Cristo no es una respuesta a nuestra humanidad, a la propia necesidad humana, nuestro corazón seguirá estando lejos de Él. Podemos seguir haciendo iniciativas, pero no será suficiente para vencer esa lejanía»¹⁸. Esta afirmación describe mi trabajo durante los últimos meses.

Me he preguntado: ¿Qué mueve el fondo de mi alma? La respuesta es: lo que satisface mi necesidad de amar y de ser amado y mi necesidad de ser fecundo. Veo, por ejemplo, allí en Miami, todo el río de gente que el Espíritu Santo ha llamado a raíz de la muerte de don Giussani (familias de todas las etnias, seminaristas, mi jefe, universitarios y bachilleres), veo su cambio y cómo detrás de eso está la mano de Dios. Esta realidad es tan bella que llena mi deseo de amar (porque yo amo a toda esta gente) y ser amado (porque veo que ellos me aman) y también, mi deseo de fecundidad (pertenezco a los *Memores Domini*, no tengo mujer ni hijos, pero pienso: «Estos son mi familia y mis hijos»), y estoy contento.

Pero al instante me pregunto: «¿Qué mueve el fondo de mi alma? ¿Mi deseo de dar la vida a Cristo para recibir a cambio estos frutos (porque esto se puede confundir con mi orgullo o ansia de éxito) o es Dios mismo lo que más amo?».

Amo muchas obras que Él hace, sé muchas cosas de Dios: pero ¿qué experiencia tengo de relación personal con Él, de amarlo y de ser amado por Él? Y me pregunto también en qué consiste mi vocación, porque en EEUU, por ejemplo, muchos pueden pensar que lo que hago corresponde a un trabajo como otro cualquiera. Me pregunto con frecuencia: «¿Qué puedo hacer yo que no pueda hacer un cura?». Los curas hacen actividades en las parroquias, yo las hago en el movimiento, hago otras

actividades. ¿Podría mi alma estar contenta sin hacer ninguna actividad del movimiento, podría bastarle la Escuela de comunidad y yo estar contento sólo por ser de Cristo? Esta es una pregunta que me resulta muy difícil de responder.

Intuyo aquí una nueva perspectiva de trabajo, a través de la experiencia de tres amigos: los tres buscan a Cristo en mí y son Cristo para mí. El primero es Giorgio, por cómo nos ha acompañado en los últimos meses a Marco y a mí, y por cómo nos ha respondido a todos en una asamblea en Nueva York, a finales de junio: es una persona que mira a Cristo en la gente a quien escucha, y esto se veía por cómo nos trataba. La segunda persona es Mauricio y sus compañeros de la casa del Grupo Adulto de Nueva York. Uno de ellos vino a buscarme a Miami sólo para estar tres horas conmigo y no quiso ver nada de lo había allí de interesante, no quiso ver a otros, se quedó conmigo. Me dijo: «He venido por ti». Y el tercero eres tú, Julián, cuando te vi en Tijuana y quisiste saber quién soy yo. Yo te conté todos mis “pecados” y me miraste con infinita ternura.

Carrón. Para un momento. Pero cuando haces todas estas iniciativas y te preguntas si colman tu deseo, ¿qué te respondes?

Intervención. Aparentemente sí.

Carrón. No puede ser “aparentemente sí” o “aparentemente no”: ¿o te llenan o no te llenan!

Intervención. No.

Carrón. ¿Entendéis? No podemos bromear con las palabras: o te llena o no te llena, porque si no, introducimos un dualismo ya desde el principio. Si tú, con toda la actividad que realizas, con todo lo que sucede y da frutos maravillosos, estuvieses ya satisfecho, ¿por qué deberías buscar otra cosa?

Intervención. Es que no estoy satisfecho.

Carrón. Entonces la cuestión es: a partir de tu experiencia, toda la actividad que realizas y los frutos que ves a tu alrededor, ¿cómo te impulsan a buscar más? Esta es la dinámica que no hay que bloquear. Y el deseo insatisfecho no te lo colma el *visitor*, ni

tampoco yo: nosotros te abrimos de nuevo al único en el que puedes encontrar la respuesta. Esto es lo que tienes que verificar. De lo contrario, continuarás relacionándote con todo dejando fuera este “más”; pero dejarlo fuera es dejar fuera el yo, que es deseo de Infinito.

Es muy importante ser fieles a la experiencia, sin separarnos de ella ni por un momento. Apenas nos apartamos de la experiencia, empezamos a elaborar un discurso yuxtapuesto a la vida, y no entendemos lo que nos pasa. Don Giussani nos enseñó una mirada que va de la apariencia al Tú, al fondo último de todo, de la realidad, y por eso, a través de lo que haces, te das cuenta de que te falta algo, de que se despierta en ti el deseo de Otro. Esto es lo que quiero decir cuando digo que falta la idea de Misterio. El Misterio no entra en la realidad porque, más allá de lo que experimento, realice un acto “piadoso”, como rezar los Laudes, por ejemplo. Si no siento la necesidad urgente de Algo distinto, si no me falta algo, entonces hablo del Misterio, en el fondo, como si lo hiciera de un bolígrafo o de una botella, como de una cosa rara, una entre otras, y no como lo que más necesito para vivir mi circunstancia concreta.

Hay que verificarlo. Si no, por una parte estará la vida tal y como la viven todos (que están contentos cuando las cosas van bien y fastidiados cuando van mal), y por otra estará el discurso religioso. Quien cree, como tú, estará dividido; y quien no, paciencia, seguirá en la nada. ¿Cuál es la diferencia? Sois dualistas los dos. La cuestión es si desde dentro de lo que vivimos los dos, desde mis entrañas, yo siento la urgencia de Algo distinto. Esta es la diferencia.

Intervención. Algunas reflexiones a raíz del trabajo sobre los Ejercicios. En primer lugar, el hecho de que la conversión esté en el deseo ha significado para mí un cambio del objeto y de la intensidad de mi súplica. He sentido siempre la exigencia muy fuerte, casi la obsesión, de que mi vida no fuese inútil (como dice don Giussani en una carta a Angelo Majo), sino hermosa y constructiva. Durante mucho tiempo, aún participando en la vida del movimiento y en todos sus gestos, he identificado esta utilidad con llegar a ser grande, con un logro mío en última instancia. El resultado era una posición estéril, rígida, parada ante el umbral sin el valor de franquearlo, estancada en un deseo orgulloso y testarudo que no encontraba ni expresión ni respuesta.

Carrón. ¿Lo veis? En la experiencia uno se da cuenta muy bien de que cuando toma una cierta opción obtiene un determinado resultado. No tiene que elucubrar, lo ve en su experiencia.

Intervención. A raíz de ciertos hechos y gracias el continuo estímulo de algunas personas que me quieren –los Ejercicios me han proporcionado una conciencia más clara de ello– empecé a pedir llegar a ser grande pero a los ojos de Cristo, no a los del mundo, cediendo a Su atractivo. Empiezo a entender que es necesario perder la vida para ganarla, entregarla por entero a Aquel que está entre nosotros. Ahora me asombro por cada palabra que nos propone la educación del movimiento, *in primis*, en la Escuela de comunidad. Es como si hubiera encontrado de nuevo el movimiento. Mi sed se ha convertido en una pregunta explícita a los amigos y a algunas personas que tienen una autoridad para mi vida. Me siento muy agradecido y vivo estos días en actitud de espera, pidiendo. Mi pertenencia ha pasado del estar unida a conceptos y discursos, a ser creativa, es decir, generadora de cambio, como explica don Giussani en su último libro¹⁹. Parece que en el mismo acto de tender la mano como un mendigo, la pobreza se tornase riqueza y certidumbre. Así brota el entusiasmo que permite encarar los problemas de la vida²⁰. Afrontar la realidad con todos sus problemas intensifica mi petición y la hace tan necesaria como respirar; no podría vivir por menos y tampoco lo quiero.

Carrón. Cuanto más experimentamos lo que él ha descrito, tanto más crece la petición. La prueba es su intensidad. La percepción del Misterio se expresa en la petición, que llega a ser más decisiva que respirar. Sé que empiezo a vivir la realidad según toda su dimensión porque se aviva la petición. Esto, acaba de decir él, «me hace encontrar de nuevo el movimiento», me hace reconocer el alcance que el movimiento tiene para mi vida y entender cuál es la diferencia entre la concepción del mundo y la de Cristo. ¿Qué me corresponde más, qué me expresa más? ¿Lo que dicen todos o esta percepción de nosotros mismos que coincide con lo que nos dice Cristo?

Intervención. Trabajando sobre los Ejercicios, me he detenido en esta afirmación: «Hay momentos en los que no veo nada hermoso ni en la comunidad ni en la realidad. Me pregunto si

Cristo en esos momentos está ausente o soy yo el que no logra ver esta belleza»²¹. Esta pregunta, en el fondo, es la que siempre aflora. «Cristo me atrae por entero, tal es su hermosura»²², ¿pero dónde le veo? ¿Dónde está? ¿Tengo experiencia de ello? Tú en un momento dado decías: «Eres tú el que tiene que explicarme esta excepcionalidad, porque a mí lo que me viene a la mente al verla es decir: “Pero, ¿quién es éste?”. Y añadías: “¿Cuántas veces, estando juntos, nos surge la pregunta: “¿Quién es éste?” delante de una forma sensible? Lo damos por descontado. Para nosotros la Escuela de comunidad es una lección», nada más. Después decías (esto es lo que quiero entender mejor): «La diferencia es que cada vez más la pregunta me surge a partir de lo real, de lo que vivo»²³.

Lo que yo busco, lo que todos buscamos, es la mirada de Cristo. Pero es lo que más damos por supuesto. En este tiempo me he visto obligado a preguntarme: «¿Dónde veo yo esta humanidad excepcional?». También me pregunto cuando voy a Escuela de comunidad: «¿Qué he visto yo hoy?». Plantearme estas preguntas ha sido la oportunidad de redescubrir la mirada de Cristo.

Carrón. ¿Dónde?

Intervención. En mi vida, en la realidad. Por ejemplo, preguntarme por el cambio de la gente que me rodea nunca me ha resultado tan eficaz. Ver una realidad humana cambiada me ha llevado a decir: «Esto es posible por la presencia de Cristo que actúa». O sea, Cristo me sale al encuentro a través de esta humanidad, de esta realidad concreta. He aprendido a no dar todo por supuesto y a preguntarme: «¿Dónde veo yo esta excepcionalidad hoy?». Interrogarme y reconocer lo que tengo delante me ha ayudado a redescubrir la mirada de Cristo.

Carrón. Es una pregunta siempre recurrente: «Hay momentos en los cuales uno no ve nada: ¿Entonces dónde está Cristo?». Retomamos lo que decíamos a partir del canto. A veces, cuando uno empieza a mirarse a sí mismo ve sólo la oscuridad, la nada, ve un aspecto de la realidad que es todo menos bonito. La cuestión es si nos paramos ahí o no. Os pregunto si esta oscuridad lo es todo o no. Si estoy yo, que percibo esta oscuridad sin fin, significa que la oscuridad no lo es todo. ¡Estoy yo! Por eso, aún viendo todo oscuro, en este momento «alguien me hace». No

hay oscuridad que me pueda impedir reconocer este hecho patente («Hacerte no sabes y eres hecho²⁴»). Cualquier situación –por fea o bonita que sea– “está hecha”, forma parte de la realidad y, por tanto, grita que Otro la hace ser.

Además–como observaba él–, lo que ocurre es que todo es obvio para nosotros. ¿Qué quiere decir? Pues que no entendemos que el hecho mismo de que yo vea la oscuridad es señal de que mi yo existe ahora y es consciente: yo, ahora, no me hago a mí mismo. No estamos habituados a percibirlo y lo damos todo por descontado. Somos todavía como niños que dan por supuesto que le hagan un regalo. Le dan a un niño un regalo precioso, se entusiasma con él y se olvida de que alguien se lo ha dado. Para el niño es obvio que le den un regalo, pero la madre le para: «¿Qué se dice?». Lo introduce en la realidad, le obliga a darse cuenta de que no es obvio que alguien le haga un regalo.

Cuando uno empieza a mirar de este modo lo que tiene delante, reconoce muchos signos: no es tan evidente que estemos aquí juntos, que un amigo haya cambiado tanto o que algunos se reúnan en tal sitio a rezar los Laudes (puede que sean cuatro y mal avenidos –no hay que censurar ningún dato–, pero no es obvio que estén ahí juntos: significa que Otro les ha llamado y les ha reunido). Entonces, siendo leales con lo que vemos sin dar nada por sabido, mirando la realidad sin apartarnos de ella comenzamos a ver, a darnos cuenta de Su presencia.

Pero se trata de educar nuestra mirada, de usar la razón según su naturaleza: capacidad de tomar conciencia de la realidad según todos sus factores. Necesitamos abrir la razón para no dar nada por descontado, pues, de lo contrario somos irracionales, esto es, no damos razón adecuada de lo que hay. Como todo nos parece obvio no necesitamos usar la razón. ¿Cuál es la cuestión entonces? Que la realidad despierta una pregunta por el sentido que necesita una respuesta urgente. Si no dejo que la realidad despierte en mí esta pregunta, estoy frente a lo que me sucede sin buscar respuesta, me detengo en la apariencia. Pero cuando me hundo en la oscuridad hasta el punto de que no me aguanto, es allí (no después, no en otra ocasión), allí mismo donde me siento obligado a llegar hasta el fondo de mí mismo, hasta reconocer a Otro. O nos educamos constantemente en esto, y entonces cualquier situación –como decía el primero que intervino– se convierte en una invitación del Misterio a que yo lo reconozca, o estamos condenados a estar ahogados.

Intervención. Nos recordabas ayer por la tarde que «hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados»²⁵. Movido por lo que has dicho he decidido contar dos pequeños episodios que me han ocurrido este año.

El primero se refiere a mi trabajo de profesor. El invierno pasado se presentó al examen de mi asignatura una monja africana. Sabía que no estaba preparada, aunque había seguido mis clases, en parte por la lengua pero también por su sustrato cultural. Aún así, no quería suspenderla porque sabía que su orden la había enviado a Italia para que adquiriera una formación profesional que pudiera utilizar después en su país. Por otra parte, aprobarla sin mérito habría sido contrario a mi ética profesional.

Carrón. Suspender es la primera obra de misericordia –¡suspender al que no sabe!– decía un profesor mío.

Intervención. Consulté a un colega y amigo de la Fraternidad que me dijo que no tuviera reparo en suspenderla si se diera el caso. No me convenció el consejo, pues no respondía a la cuestión ética que me había planteado. Seguía dudando. Durante el examen, la miraba de un modo distinto de como suelo mirar a mis estudiantes (alguien a quién simplemente calificar). Mirar a su persona y no tratarla como un estudiante más me hizo cuidar la manera de plantearle las preguntas y valorar mejor sus respuestas. Comprendí que esa atención no implica ser menos exigente, sino que hace más justa la relación con cualquier estudiante. El segundo episodio, más reciente, es más dramático. A finales de julio murió en un accidente de tráfico un joven con quien tenía una relación de trabajo. A los pocos días me llamó la viuda, a la que apenas conocía. Había encontrado mi número en la agenda del marido. Quería darme las gracias porque, pocas semanas antes del suceso, estuve haciendo con su marido algunas visitas técnicas y él había vuelto a casa muy contento, diciéndole que yo me había interesado por la publicación de sus poesías. Me daba las gracias por haber hecho pasar a su marido uno de los días más bellos de su vida, antes de morir. Me quedé sin palabras. En realidad habíamos hablado de árboles todo el día (yo me dedico a los árboles frutales) y solo en los últimos cinco minutos me había comentado en secreto su pasión por la poesía. No sé por qué, pero creo que él se sintió mirado como una persona y no sólo como un buen técnico. Me he dado

cuenta que saber mirar al misterio del yo no es mérito mío, pero se puede aprender.

Voy a la pregunta. Relacionarse con otro mirando al Misterio que hay en él, traspasando los roles y los modelos sociales, es vertiginoso y nos deja al desnudo, desarmados, sin defensas. ¿Cómo puede llegar a ser una actitud normal sin que prevalezca la defensa o el miedo de perder algo? ¿Se puede vivir sin mascarar? La pregunta es quizás ingenua, pero no formal.

Carrón. ¿Qué dices tú?

Intervención. Mi problema es “cómo” permanecer en una actitud de apertura al otro.

Carrón. Para nosotros, contenido y método coinciden; no existe un “cómo” separado del contenido. Podemos estar ante el misterio de otro si percibimos el misterio que somos nosotros mismos. De lo contrario, reducimos nuestro yo y el misterio del otro. Por tanto la pregunta es: ¿qué despierta constantemente en nosotros la percepción del Misterio creador? ¿Qué nos hace conscientes del Misterio que actúa? ¿Qué nos hace salir de lo obvio y caer en la cuenta de Él? La realidad, como decimos siempre. Y la realidad más real de todas es la presencia de Cristo, aquí y ahora. Cuando reconocemos el Misterio que nos hace –como digo a veces–, sólo entonces podemos advertir el misterio del otro, “descalzarnos ante tierra sagrada”. De no ser así, entramos como elefante en cacharrería reduciendo al otro a un mecanismo que podemos manipular como queramos. Lo cual sería una violencia y, sobre todo, inútil, porque si el otro quiere nos deja fuera –gracias a Dios–, en el umbral; se cierra usando su libertad, que es el arma contra cualquier pretensión del poder.

Intervención. Querría entender en mi experiencia lo que has dicho sobre la “piedad” como inicio de todo. Yo diría que al comienzo está más bien una lucha, una lucha contra el mal. Me levanto por la mañana y tengo que luchar, como dice san Pablo. Incluso en mi ambiente me enfrento todos los días con la envidia, el poder y los celos. Esto no quiere decir que no vea a Cristo presente: Él está, puedo decir que lo reconozco aquí, allí, allá. Puedo decir: «¡Es el Señor!». Pongo dos ejemplos. Cuando fuiste

a Brasil a vernos el año pasado hablaste de “un nuevo inicio”. Después del encuentro de los responsables de CL en Brasil a finales de febrero, aquel nuevo inicio ha dado lugar a muchas pequeñas comunidades dispersas por el país. En segundo lugar, este año hemos empezado la Compañía de las Obras con un grupo de profesores universitarios, y hace dos semanas celebramos un pequeño Meeting. Me conmovió y llenó de gratitud ver lo que sucedía: las grandes personalidades que aceptaron intervenir y, sobre todo, la afluencia de público (más de 600 personas). Era la primera vez que organizábamos un acto de esta características, guiado por un grupo de profesores universitarios y la amistad con ellos es otra novedad. Podría hablar además de mi vida personal, de mi vocación. Veo, por tanto, lo que el Señor va haciendo, pero querría entender más esa afirmación sobre “la piedad” que nos precede. En mi vida es como si el Señor me dijese: «Tienes que luchar. Si no haces nada, nada sucede. Tienes que moverte tú, tienes que luchar contra la envidia, los celos y la pretensión del poder». ¿Se entiende?

Carrón: ¡Perfectamente! Es cierto todo lo que has dicho, la vida es una lucha. Pero, ¿por qué muchos se cansan de luchar? ¿Por qué en un momento dado uno renuncia a luchar ante la dificultad? La cuestión es cómo mantener la lucha, y esto no viene de la lucha misma, sino de “algo previo”, de una piedad que nos precede. ¿De dónde nace en ti esta pasión, esa capacidad de luchar? ¿De dónde te viene?, ¿quién te la suscita?, ¿quién te la otorga?

Intervención. El deseo de verdad.

Carrón. ¿Y quién te despierta constantemente el deseo de verdad? ¿Veis cómo lo damos todo por supuesto! Me interesa hacer con vosotros el recorrido a partir de la experiencia: llegamos a un punto en el que damos por descontado el origen. Pero si alguien no te mirara constantemente con la piedad de Cristo hacia ti, ¿qué sería de tu lucha? ¿De dónde nacería tu ímpetu? Por eso muchos empiezan luchando, pero luego se cansan y dicen: «Ahora voy a lo mío».

Cuando hablamos de caridad, por ejemplo, pensamos inmediatamente en lo que tenemos que hacer, en nuestro compromiso, pero damos siempre por descontado lo primero, lo esencial: la fuente que la hace posible, que es la fuerza del Misterio.

El año pasado tuve una asamblea con los chicos del primer año de noviciado del Grupo Adulto. El tema era la caridad, la lección de don Giussani sobre la caridad. Llegué a la asamblea y les dije: «Venga, empezamos». Todos levantaron la mano. «No –digo–, la primera pregunta la hago yo. ¿Cuál es la frase que se os ha quedado?». Uno respondió: «Ésta». Pregunté: «¿A cuántos les ha impactado la misma frase?». Algunos se identificaron con ella. Después otro subrayó otra. Y yo: «¿A cuántos les ha impactado ésta?». Y así sucesivamente. A la mayoría se le había escapado el meollo de la cuestión. Todos se iban directamente a la lucha, a lo que tenían que hacer, a la caridad hacia los demás; nadie se daba cuenta de que la primera caridad es el don conmovido que el Misterio hace de Sí. Es lo primero que dijimos ayer. Hay algo que viene “antes” que nosotros. Por eso citaba a san Pablo, san Juan, san Agustín, el Papa, porque “antes”, “primero” está la piedad del Misterio que te da la vida, que te hace ser ahora.

Si la piedad del Misterio hacia mí no me precediera siempre, yo no me sostendría. Esto es lo que se da antes. El *Angelus* nos recuerda el método del Misterio («El ángel del Señor anunció a María»), “antes” está su anuncio, su piedad. El resto son consecuencias. Pero sin caer en la cuenta de que nos precede la caridad de Dios, no sabemos cómo sostener la lucha. Cuando te hartas, cuando las cosas te hieren, ¿quién te rescata, quién te recupera? Si no encontrases una mirada llena de piedad hacia ti, que te rescata, que sana tus heridas para que sigas en la batalla, abandonarías la lucha, no te importaría nada, te olvidarías de todo.

¿Cómo podemos llegar a ser realmente protagonistas y luchar sin rendirnos? Sólo si somos amados primero. «Con amor eterno te amé teniendo piedad de tu nada»²⁶: esta es la frase que yo buscaba en las respuestas de los muchachos de primer año, pero todos la daban por descontada. Y, sin embargo, es lo más conmovedor que exista. La Virgen tenía esta conciencia: el Misterio había tenido piedad de su nada, «Ha mirado la humildad de su sierva»²⁷. Esta es Su piedad, y está siempre “antes” de nada; por eso es la fuente inagotable de todo, de tu yo y de tu lucha. Si no entendemos esto, antes o después nos cansamos.

Cesana. Escuchando las intervenciones y lo que acabas de decir, tengo una pregunta. A veces afirmar el propio yo, afirmarse a uno mismo, en vez de ser una liberación, es como una prisión,

pues coincide con unos deseos, incluso cristianos, insatisfechos, una incapacidad de relación, etc. Pregunto: ¿por que afirmar nuestro yo en lugar de ser una liberación es una cárcel?

Carrón. Afirmar nuestro yo nos aprisiona cuando no corresponde a lo que es la verdadera naturaleza del yo. ¿Cuál es la naturaleza del yo? ¿Qué es lo que me define? ¿Soy lo que puedo realizar (y por eso jamás consigo estar satisfecho) o soy relación directa con el Misterio? Sólo porque la naturaleza del yo es relación con el Misterio podemos ser libres. Tantas veces nos quedamos atascados y la vida se convierte en una prisión porque nuestra mentalidad acerca de qué es nuestro yo es la de todos: también para nosotros la naturaleza del yo no es su relación con el Misterio. Por eso, esta mañana de nuevo, al releerlo, me llamó la atención este paso: «Fuera de la conciencia del todo [del Misterio], el hombre se sentirá siempre prisionero o hastiado»²⁸. Somos prisioneros o estamos hastiados cuando falta la conciencia del todo, del Misterio. En este sentido los Ejercicios me parecen absolutamente decisivos: se debe a una cierta mentalidad, a una concepción de sí mismo. Todo lo que sucede en la vida –atascarse, sentirse prisionero o hastiado– refleja un hecho: lo que me constituye es la relación con el Infinito. Me siento prisionero o hastiado, porque no estoy hecho para menos que el Infinito (es como el zapato que no me corresponde, me duele). Si no damos un paso en la concepción de nuestro yo, en cómo nos miramos, al final somos como todos, tenemos la misma mentalidad. Podemos añadir algo, hacer reuniones o lo que queramos, pero tenemos la misma mentalidad que el resto.

Si mi yo es relación con el Misterio y eso no llega a ser familiar para mí, me siento en una cárcel. Toda la insistencia de Giussani en el capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana*, retomado en los Ejercicios, o lo que es lo mismo, toda la insistencia de Jesús en reclamar a la religiosidad, sirven para liberarnos de esta cárcel. La religiosidad nos parece algo “piadoso”, para personas “religiosas”, no la naturaleza de nuestro yo, y así la realidad nos asfixia. La lección del sábado por la mañana en los Ejercicios aborda este problema: o entendemos por qué Cristo vino al mundo para introducirnos en la religiosidad (y Giussani insiste en que sin ella no existe lo humano, en que la religiosidad es la condición de lo humano), o nos quedamos atascados, prisioneros. Éste es el desafío actual, aquí se concentra la lucha que acontece hoy en el

mundo, el nudo de la discusión cultural. O lo resolvemos a partir de la experiencia, o seguimos prisioneros como todos. Después podemos añadir los discursos que queramos a la misma experiencia de todos, pero no aportamos ninguna novedad.

¿Que hizo Jesús? Entró en la historia para llevar esta concepción del hombre. ¿Y como la despierta en mí? Haciéndola suceder. Somos amigos, por tanto, si estando juntos se renueva nuestra petición, si respiramos hondo porque en nuestra experiencia entra el Infinito. Si este asunto no está claro debemos darnos todo el tiempo que necesitemos hasta que lo esté; no tenemos prisa, porque todas las demás cosas que no entendemos, que nos hacen sufrir, que nos resultan pesadas, dependen de que se resuelva este asunto. Don Giussani afirma que sin conciencia del Misterio todas las experiencias humanas más significativas se quedan en nada, resultan insignificantes, vacías (la relación entre mujer y marido, el trabajo, etc.). Por eso nos ahogamos. Debemos darnos todo el espacio que necesitemos para ayudarnos en esto, para documentarlo lo más posible. Pero, atención, lo que estamos diciendo no se puede aclarar sólo debatiendo: es preciso tener el coraje de verificarlo en la vida, porque se hace claro sólo en la experiencia (“la realidad se hace transparente en la experiencia”).

Cesana. Entonces, volviendo a lo que dijiste ayer por la noche sobre la “piedad”, el problema no es sólo la conciencia que tenemos del Misterio, sino cómo somos mirados por el Misterio.

Carrón. Es evidente. Ayer, aludiendo a lo que viene “antes”, intenté describir cómo nos mira el Misterio. Comencé citando la frase del Evangelio: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados»²⁹. ¿Qué vino a traernos Jesucristo? Este “antes”. No porque este “antes” no estuviera ya (habíamos sido creados: estaba ya, pues, este “antes”), pero no éramos conscientes. Como dice santo Tomás, habríamos podido llegar a tal conciencia, pero sólo unos pocos, después de muchos errores y muy confusamente³⁰. Cristo, encarnándose, nos facilita este reconocimiento. Cuando tengo una asamblea con los novicios del primer año y se habla de la caridad, me interesa que entiendan este “antes”; y ahora me interesa que lo entendamos aquí, porque normalmente lo damos por supuesto. Cuando rezamos el *Angelus* por la mañana, no nos conmovemos. ¿Quién se ha conmovido

esta mañana diciendo el *Angelus*? Ya nos lo sabemos. Y, sin embargo, no es obvio, porque podrías no estar aquí o haber estado distraído esta mañana o no haberte dado cuenta de nada. No es obvio, ¡no es obvio en absoluto! Uno sabe bien cuando empieza a conmoverse. No por haberme dado cuenta ayer, me doy cuenta hoy. Es un acontecimiento. Y reconozco que sucede porque algo cambia en mí: «Cuando me doy cuenta de que tú existes y estás aquí [...] renazco»³¹. Veo que le he permitido entrar a esta Presencia que viene “antes” porque Él hace renacer mi yo, despierta mi deseo de Él, renueva mi petición. De este modo el Señor impide que reduzca mi yo a lo obvio. Esta es la lucha que ha introducido Cristo.

Intervención. El primer ámbito en el que he podido verificar la propuesta de los Ejercicios es mi trabajo. En las caras de mis alumnos y en sus preguntas he experimentado la llamada de Alguien que me provoca a ser verdadero. La relación con Él es lo que más me interesa, porque me da libertad ante los chicos y me hace disfrutar de todo.

Sin embargo, si soy leal debo admitir que ha sido de vital importancia tener un lugar donde ser educado que ha empezado este año sobre todo en la relación con Franco. Todos los días, después de clase iba a su despacho: «Mira, lo que me ha pasado: ¿qué quiere decir?», o bien: «Yo haría así, ¿que harías tú?», y al hilo de lo que pasaba intentábamos juzgarlo juntos. Este año han llegado a nuestro colegio otros amigos míos y hemos establecido este dialogo también con ellos. Se lo contábamos a nuestros colegas que nos veían tan contentos. Al inicio éramos diez, después veinte y ahora somos cuarenta.

Este ámbito de amigos me permite entrar en clase con una posición más humana, más verdadera, abierta. Me ayuda a enjuiciar lo hechos y a responder a la llamada que me viene de la realidad. Estuve hablando por teléfono con el padre de una alumna mía. Me decía, en lágrimas: «Profesor, ayúdeme con mi hija, porque no sé que hacer con ella». Y yo, que tengo veintiséis años, pude decirle: «Mire, yo no tengo la solución, pero también deseo que su hija madure. Si quiere lo intentamos juntos. Esta tarde me paso por vuestra casa». Y ha comenzado con ellos y con la hija una amistad sincera, conmovedora para ambos.

De este lugar depende la solidez de mi yo ante la realidad, de tal manera que empiezo a entender muchas cosas que me pasan,

a conmoverme por la belleza de lo que enseño o por la presencia inexplicable de mis chicos que me interroga como un misterio. Los profesores de Historia, por ejemplo, hemos visto que para entender el medioevo teníamos que identificarnos con esa época. Y por eso llevamos a cabo la recreación histórica de la batalla de Hastings con 250 muchachos, que reprodujeron las distintas fases de la batalla con todo lujo de detalle ante unos asombrados padres. En esa ocasión, me conmovió el entusiasmo y la unidad que se dio entre los profesores de Historia, que los chicos notaron con sorpresa.

Lo que he vivido este año veo que es el método para que la belleza experimentada permanezca: un lugar donde ser acompañado a identificarme con el origen de toda esta belleza. Quería pedirte que me ayudaras a delinear con más claridad este método.

Carrón. El método en el que yo te puedo ayudar es que tú empieces a reconocer lo que te está sucediendo. Yo no tengo otro método, de hecho, que obedecer a lo que sucede; no tengo ninguna fórmula secreta, ningún hilo directo con el Espíritu Santo; tengo lo que todos tenéis: la realidad, la experiencia, lo que sucede y una lealtad implacable con lo que sucede. Tú has comprendido que cuanto más respondes a la realidad que te llama, más necesitas que exista un lugar donde constantemente se te introduzca en ella. Al igual que sucede con el niño. ¿Qué necesita para crecer? La vida, con todos sus problemas, y la madre al lado, que le introduce en la vida. Es sencillo.

Nuestro yo entra en relación con la realidad. ¿Qué necesitamos? Un lugar (un padre y una madre) que nos introduzca en la realidad. Es suficiente. Cuanto más entramos en la realidad más nos interesa, más surgen preguntas para un dialogo abierto con todos. Y así la relación entre nosotros se hace más interesante, deja de ser formal. El método no son las “reuniones” sino implicarse en la aventura que es vivir. Esto es lo que me interesa. Si a los demás les interesa la organización, que se dediquen a ella, a mí no me interesa. O la organización sirve a lo que hemos dicho y nos ayuda, o no nos interesa (en *Certi di alcune grandi cose*, se ve la lucha titánica de don Giussani en lo tocante a esta cuestión). Cuanto más lo comprobamos, más claramente emergen las razones de lo que vivimos y constatamos su conveniencia humana. Se trata de verificar el valor de la fe, el alcance de Cristo para la vida; no lo comprobamos en abstracto,

sino en la intensidad con la que nos permite vivir. Se llama ciento por uno. Está al alcance de todos y sólo se necesita querer participar de esta aventura.

Intervención. Este curso ha supuesto unos cambios en mi vida: he empezado a trabajar, me he casado, y ahora participo en esta Asamblea de responsables lleno de gratitud. A final del curso, puedo decir que he comprendido mejor que estoy muy necesitado. No ha habido día, en mi trabajo y en la relación con mi novia, en que no haya debido pedir todo a Alguien. Y cuando he dejado un resquicio a Otro que me estaba llamando a través de las circunstancias, ha entrado una novedad. Pongo algunos ejemplos.

Llevamos dos años yendo a los colegios con la Asociación *Cento Canti*, creada con algunos estudiantes de la Católica para presentar la Divina Comedia de Dante. Al salir de las clases, sentía cada vez más una herida: «Pero ¿qué les traigo yo a estos chavales? ¿Quién soy yo para estar ante ellos?» (por esa misma la razón quise ser profesor, porque quería que esa herida se reabriese cada día y no sólo ocasionalmente). Después de dos años, a pesar de que todo nació sin proyectos previos, surgió la idea de que algunos podíamos trabajar como profesores de Literatura. Al terminar la universidad teníamos que decidir: ¿Qué hacemos? Fuimos a hablar con don Pino y le dijimos: «Estos son los datos de la realidad: yo haría esto el próximo año, yo lo otro, etc.». Pero él nos devolvió la pregunta: «Y tú ¿qué quieres? El problema no es *Cento Canti*, sino tu vida: ¿qué quieres hacer con tu vida?». A la salida, decidí ser profesor. Ahora se ha formado un grupo de unos sesenta, entre universitarios y bachilleres, que acuden de todas partes de Italia, los sábados al mediodía, a hablar de Dante. Este verano fuimos a algunas vacaciones de GS para leer a Dante. Me sorprendía ver cómo cambiaban las caras de los muchachos; yo también cambiaba mirándoles. Y con los profesores pasaba lo mismo. Y enseguida nos preguntaba: «¿Quiénes sois? ¿Qué os hace ser así?». En todo esto –matrimonio, trabajo, asociación–, me doy cuenta de que la iniciativa es de Otro. Yo no he hecho nada más que obedecer.

Te pido que me ayudes a entender estos acontecimientos.

Carrón. No. La lectura tienes que hacerla tú, porque tú tienes el corazón y lo que has vivido. Ahora no puedes ir a sentarte sin enjuiciar lo que has vivido.

No pienses que yo voy a hacer el trabajo por ti. ¿Qué emerge con claridad en la experiencia que has descrito? No podemos contar algo y no enjuiciarlo, porque así no cambia nada, no creemos. ¿Qué has aprendido de lo que has vivido? ¡Eres tú el que tienes que hacer el trabajo!

Intervención. Pruebo a decir una cosa. Veo que antes no había entendido mucho de Cristo porque lo daba por supuesto y, sobre todo, era una idea añadida a lo que hacía. En cambio, los acontecimientos de este año, la cara de esas personas eran Cristo para mí.

Carrón. ¿Qué quiere decir? No seamos genéricos.

Intervención. Veía un criterio distinto en algunas personas.

Carrón. Un criterio distinto. Esto es fundamental. Puede ser que uno esté contento de *Cento Canti* y después reduzca todo su horizonte a *Cento Canti*. El deseo se atasca ahí: uno cree seguir la realidad y se encierra ahí. Sin embargo, aún así nada puede impedir que el Misterio tome la iniciativa, nada puede impedir que, si dejas entrar algo distinto, por ejemplo si vas a hablar con don Pino, él sea tu amigo y te plantee la verdadera pregunta: «¿De qué te sirve ganar el mundo entero si te pierdes a ti mismo?»³², que es como decir: «Pero tú, ¿qué quieres?». Esto es un amigo.

¿Qué necesitas? Un amigo que –en cualquier situación, aunque hayas reducido tu horizonte– te abra de nuevo a toda la grandeza de tu yo preguntándote: «¿Qué quieres tú?», alguien que vuelve a abrir tu herida humana. Por eso puedes estar contento, delante de tus alumnos, que a su vez no dejan de desear y por ello te provocan. Y tú eres de nuevo llamado por la realidad, llamado por un fragmento de la realidad a ser tú mismo.

No debemos preocuparnos por esa reducción del deseo. El problema no es que siempre lo reducimos. El único problema es que seas leal con el Misterio cuando decide entrar de nuevo en tu vida y vuelve a abrir la herida. No debemos tener miedo: Él se ocupa de ponernos delante algo que nos vuelva a abrir la herida, toda la amplitud de la razón, del deseo y del drama humano. Lo único que importa es si en ese momento nosotros Le aceptamos. Necesitamos esta lealtad ante algo objetivo que se nos impone. La realidad objetiva hace presente al Misterio, a Cristo, y

esto renueva constantemente el drama. De no ser así, incluso ante algo hermoso uno se atasca; se atasca en *Cento Canti*, se atasca con la novia, después se casa y se atasca en el matrimonio. Es necesario que Otro reabra constantemente la herida. De lo contrario perdemos lo mejor de *Cento Canti*, de la novia, del trabajo y de todo, porque perdemos fuelle: lo que parecía precioso se convierte en la tumba, con epitafio o sin epitafio: «Aquí yace un aficionado a Dante».

Intervención. Mientras hablabas de lealtad, me he sentido impulsada a intervenir porque deseo ardientemente mirar las cosas por lo que son. En nuestra comunidad ha sucedido un hecho dramático, como una especie de terremoto que te quita la tierra bajo los pies (un querido amigo, que para nosotros era un punto de referencia, de pronto se ha ido) y repropone con urgencia las preguntas: «¿Quién soy yo? ¿De quién soy? ¿Qué me interesa? ¿Por qué estamos juntos?». Como si, de repente, hubieran caído brutalmente la formalidad, las apariencias. He visto en esta circunstancia la diferencia entre pararse en la oscuridad de la que hablabas antes, reunirse junto al fuego apagado, utilizando la imagen de Pascoli (para huir de la tempestad nos reunimos, algunos gritan en la noche, pero sustancialmente se permanece en la nada), y un deseo de vida, de verdad, de bien, por el que uno no acepta la oscuridad y empieza a pedir a gritos una consistencia verdadera de sí mismo. He visto una diferencia radical en el modo de estar juntos, que adquiere una naturaleza distinta, pues se hace comunión. No se trata tanto de eludir esa debilidad, esa fragilidad que puede llegar a renegar de todo, cuanto, paradójicamente, de ayudarnos a no eludirla. La comunión entre nosotros se hace necesaria no para decir: «Vivid vosotros por mí», sino para sostener el deseo de penetrar en el drama de la vida y ser más conscientes de que no somos nada y de que todo viene de Otro. No hay que dar por descontado que de un “mal” se pueda sacar un bien, por ejemplo, que nuestra conciencia madure. Cuando hemos admitido nuestra condición de necesidad radical y no nos hemos avergonzado de ello, hemos podido aferrarnos a la mano que se tendía para ayudarnos y que nos indicaba otro método. De hecho seguíamos mirando el problema y, cuanto más lo mirábamos más nos hundíamos. Por otro lado, quien nos ha ayudado nos dijo: «Mirad que, si queréis entender, abrazar también esa dificultad, debéis mirar otra cosa, por ejemplo, lo que ha sucedido en Roma».

Carrón. Lo que ella está contando resulta críptico para la mayoría. Voy a poner un ejemplo del Evangelio. Cuando los discípulos estaban con Jesús y todos los demás se habían ido, él no les suavizó la píldora, les preguntó: «¿También vosotros queréis irnos?»³³. ¿Qué puedo hacer para que un acontecimiento negativo, como el hecho de que se hayan ido todos, se convierta en un bien para los que se quedan? Estar dispuesto a afrontar ese hecho planteando la pregunta: «¿Pero también vosotros queréis irnos?». Esto hace que los discípulos, para permanecer, tengan que darse una respuesta. Y surge en ellos la conciencia del porqué se quedan allí y nace una comunión que antes no vivían, puesto que tienen más clara la razón por la que permanecen. No se trata de ponerse de acuerdo para ver cómo hacerlo posible, como hacemos a veces: «¿Y ahora cómo afrontamos el problema?». No, cada uno tiene que afrontar el interrogante que suscita la realidad. Respondiendo, cada uno toma posición. Cada uno de los discípulos tuvo que reconocer por qué permanecía allí, y esto les hizo entender más la razón de su comunión. Sin esto, cualquier inconveniente que sucede en una comunidad es “un menos”. En cambio, no está dicho; puede no serlo. Cuando uno tiene una dificultad en el trabajo, un problema con su mujer, con sus amigos, con la comunidad, el verdadero problema ¡no es el problema! Cualquier cosa, de hecho, es una invitación a ir hasta el fondo, a tomar en serio la pregunta que surge, de tal modo que se pueda reconocer la razón última de todo, aquel “antes” que da consistencia y por lo que vale la pena atravesar todas las circunstancias. Este es el trabajo, amigos. Jesús no nos lo ha evitado y no podemos saltárnoslo, a menos que renunciemos a ser hombres. Porque un hombre está con toda su humanidad, su razón y su libertad, ante la realidad. Si estamos presentes, todo lo que sucede en la vida puede servir para una construcción inesperada. Si no, nos aplasta. Aquí se ve el alcance que tiene para la vida esa concepción del yo de la que habla don Giussani: yo no soy una pieza del mecanismo de las circunstancias, sino relación con el Misterio. Para la mayoría, ciertas cosas son una tumba. Para quien tiene esta conciencia, todo puede ser ocasión de florecer: incluso la oscuridad se convierte en la ocasión propicia para darme cuenta de que «Tú existes», lo cual me hace renacer.

Debemos decidir si queremos ser leales o no con esta urgencia que la realidad nos impone. El Misterio, de hecho, nos llama a través de la realidad, no tenemos necesidad de “abstracciones místicas”. A través de la realidad, con el tiempo, el fondo último

se hace claro como la superficie. En esto consiste la verdadera mística: ver el fondo como se ve la superficie. Los discípulos aquel día vieron el fondo como se ven las cosas normales. Todos se iban, parecía que se acabara todo; pero la pregunta de Cristo les llevó más allá de las apariencias, percibieron en toda su evidencia el fondo de la realidad, que es la razón de su permanencia allí. Y esa razón estaba en el fondo de ellos mismos: era la correspondencia que habían percibido en el encuentro con ese Hombre. Antes de ese hecho, de esa pregunta no se habían dado cuenta.

Todo, entonces se convierte en ocasión de crecer en esta conciencia, nada es enemigo, todo se convierte en “peldaño” para subir, como dijo una vez don Giussani, algo que nos introduce en el Misterio; así llega a ser familiar el fondo de las cosas comunes, el Misterio. Necesitamos tener esta experiencia, de tal modo que al entender ciertas cosas podamos ayudarnos. De no ser así, tratando de ayudarnos los problemas se complican. Es inevitable: a falta de esta percepción de la realidad, del Misterio, todo se complica.

Nos paramos aquí. Continuaremos por la tarde. El tiempo libre es para continuar este trabajo. En nuestro encuentro no hay momentos de trabajo y otros de descanso. Todo es una ocasión para ayudarnos a entender más.

Domingo por la tarde
26 de agosto de 2007

ASAMBLEA

Intervención. La primera vez que te oí decir que no podías levantarte por la mañana sin pensar en Cristo, entendí que eso era lo que yo más deseaba en la vida. Desde entonces –hace ya dos años– empecé a luchar sin éxito para tener esa misma posición. Cuando leí el juicio de don Giussani: «Hacemos todo por Jesús, pero el corazón está lejos»³⁴, me sentí muy triste porque no sabía cómo vencer esa distancia. Este verano he leído dos libros que me han impresionado y también me han llenado de tristeza (*La estepa*, de Cechov, y *Job*, de Roth), ya que en ellos se habla de esa relación familiar con el Misterio que deseo para mí. Cuando ayer escuché la primera frase, «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados»³⁵, comprendí que hay que seguir un método totalmente distinto del que yo seguía, porque mi problema es que no me resulta familiar la mirada que el Misterio tiene sobre mí. El método adecuado es mirar a Otro, a Jesucristo, que me dice: «Hasta los cabellos de tu cabeza están contados», mirar a un hombre que, cuando todos se van (como sucedió después de la multiplicación de los panes), me pregunta: «¿Y tú por qué te quedas?».

Carrón. Es un cambio de método: no es algo que yo tenga que alcanzar, es el Misterio que me alcanza a través de la realidad. Este es el “antes” del que hablaba ayer, la objetividad de lo real que me sale al encuentro, ya que la realidad es signo del Misterio. Es el Misterio quien toma constantemente la iniciativa conmigo. Podemos estar años en el movimiento y no asumir de manera personal este

hecho. Por eso insisto tanto en el capítulo décimo de *El sentido religioso*³⁶. Giussani dice que el capítulo décimo –como me habéis oído repetir hasta la saciedad– es la clave de nuestro modo de pensar. Sin la realidad no se activa el yo. El yo emerge, se despierta y aflora en el encuentro con la realidad. La realidad es la que despierta la pregunta que constituye al yo. Y la realidad puede ser bonita o fea. No es verdad que cuando la realidad me hiere se acalla mi pregunta existencial; también cuando me hiere despierta mi yo, pues también en ese caso el Misterio sale a mi encuentro. Yo debo escuchar esta llamada, debo aceptar este impacto del ser: puedo estar distraído o lleno de dificultades (puede pasar de todo: «Estoy herido, el jefe me ha echado, mi mujer no me valora, nadie me escucha»), pero no puedo impedir –y esto es una liberación– que salga el sol de nuevo con todo su esplendor al día siguiente. Esta es la objetividad que ninguna interpretación puede quitar; ninguna de mis heridas puede impedir que amanezca un día espléndido, o que yo me encuentre ante un gesto o una mirada de otro absolutamente gratuita; nada puede evitar que yo, aunque haya llegado aquí agobiado por todos mis problemas, con toda mi tristeza, escuche: «Hasta los cabellos de tu cabeza están contados».

No debemos hacer nosotros la parte de Dios. Nuestra responsabilidad es estar disponibles a lo que Él hace. Esto nos permite descansar. Yo no puedo evitar sucumbir constantemente, no puedo impedirlo, es una lucha inútil. Lo que sí puedo es ser leal cuando el Misterio me agarra por los pelos y me vuelve a despertar, cuando me salga al encuentro.

Retomando un juicio de don Giussani esta mañana os decía que nuestro problema es una tremenda carencia de afecto. Me asombra lo impenetrables que podemos llegar a ser. El curso pasado alguien me comentaba que durante un año entero siguió sintiéndose herido por algo –¡un año entero!–; yo le pregunté: pero, ¿y no ha pasado nada en todo este tiempo en el que has estado determinado por esa herida?, ¿no ha dado señales de vida el Misterio?, ¿ha sido todo igual a cero? No digamos tonterías: ¡todo este año has pasado del Misterio que ha salido a tu encuentro! El problema no es que algo me hiera, que tenga problemas o inconvenientes en la vida, o que me sienta confuso; el problema no es que suceda esto o lo de más allá, porque eso no lo podemos evitar, no podemos levantar un muro para defendernos de los golpes de la vida. La verdad es que en esta situación el Misterio no está ausente, no está parado. No decidimos nosotros cómo Él

actúa, y el Misterio siempre nos sale al encuentro, aunque lo negamos. Esta es nuestra inmoralidad, nuestra resistencia. Es la segunda afirmación que hice ayer, tras destacar el factor que viene “antes”: que nos parapetamos en la resistencia. El problema no es que la realidad me hiera, sino cómo respondo a todas las iniciativas que el Misterio toma conmigo a lo largo de un año, cómo reacciono yo ante un dato objetivo. Si no está claro que todos tenemos una circunstancia objetiva, decídmelo. Nos consuela saber que hay un dato que nos precede. No puedo evitar que ciertas cosas sucedan “antes” de que yo lo decida; esta iniciativa permanente del Misterio no depende de mí, no depende del hecho de que yo esté enfadado o no. El Misterio toma la iniciativa conmigo aunque esté enfadado, por muy herido o rabioso que esté, de un modo u otro, pero la toma.

Intervención. Quería poner un ejemplo de lo que acabas de decir y dar una indicación de método. Hubo un momento el año pasado en que me di cuenta de que Cristo se estaba convirtiendo en una imagen en lugar de ser una Presencia que reconozco. Lo supe por varios indicios: cuando rezaba, tenía la cabeza en otra parte y no me decía nada; en el trabajo, lo único que me importaba era la carrera; en el movimiento tenía que afirmarme; pero sobre todo lo vi en que la desproporción estructural por la cual jamás las cosas nos bastan, en lugar de convertirse en petición, daba paso a un lamento continuo. Y en esta situación se hizo presente el Misterio. En un momento dado, reflexionando sobre mi vida, me llamó la atención una cosa que dices a menudo: «Así os perdéis lo mejor». Comprendí que tenía delante la presencia del Señor y no la veía. Estaba en ti y en los otros de la casa donde vivo, que estábais mirando al Misterio, o sea, viendo en la realidad algo que yo no veía. Por tanto, el método para salir del atasco no era pedirte que me atendieses, sino mirar hacia donde mirabas tú. Me ocurre, por ejemplo, mirarte cuando celebras la misa y ver cómo te identificas con el sacramento, u observar que también en situaciones difíciles mantienes una paz interior. Entonces me entran ganas de otear adónde miras tú, para que lo que tú ves lo pueda ver yo también. Es una cuestión de método: cuando el Señor se deja ver es necesario empezar de nuevo a mirar. Es como volver al inicio de la vida del movimiento. Mirar donde otro mira, seguirle, es algo sencillo, lo simplifica todo. Basta tener la humildad de decir que la persona que tienes delante es más que tú y ve, mientras que tú no ves.

Cesana. Me doy cuenta de que para nosotros “el misterio” es lo que no entendemos de lo que tenemos. Por ejemplo, “misterio” es lo que yo no entiendo de mi mujer. Mientras que “misterio” es la mujer que dice ser mía. Esto significa que el Misterio es lo que entendemos de lo que no tenemos, de lo que se nos da, de lo que no es posesión nuestra. La diferencia es abismal, porque en el primer caso el criterio siempre soy yo; y en el segundo todo lo que ocurre abre una pregunta sobre el sentido, nos dispone a aprender algo nuevo. El cristianismo es así. Jesucristo es esa vida, esa presencia, esa experiencia que abre continuamente la pregunta acerca de la realidad.

Intervención. Querría contar un hecho y pedir un juicio. Hace algún tiempo, un chico de diecisiete años, que nos conoció y se quedó entre nosotros (no frecuenta la universidad, pero –debido a una historia familiar muy compleja, con problemas de cárcel y de droga– participa en la comunidad de los universitarios), me escribió una carta, en la que decía algo que tiene mucho que ver con la segunda lección de los Ejercicios de la Fraternidad, donde tu comentabas la frase: «La ley de la existencia es el don de uno mismo»³⁷. Querría entender mejor qué significa dar la vida. En la carta me contaba un episodio: «Un profesor vino a dar un testimonio en una salida de estudio y me impactó mucho la relación que tenía con sus alumnos. Entre otras cosas este hombre dijo: “Quiero a los demás esencialmente porque me quiero a mí mismo”. No entiendo esa frase. También los que me han salvado del suicidio me decían: “No nos lo agradezcas, porque lo que hacemos por ti, lo hacemos por nosotros”. Como no entendía, he ido a releer el Evangelio y no me parece que Jesús haya dado la vida por Él mismo». Después, añadía otros dos episodios significativos: «Participé en la salida de estudio de los universitarios. Como voy al instituto y no tenía nada que estudiar, me metí en la cocina y preparé la comida para todos. Trabajé diez horas al día. Tuve una experiencia extraña: al darme a los demás, volví a descubrirme a mí mismo”. Y el segundo episodio: «Me sucedió algo similar cuando fui a los Ejercicios de universitarios. Escuché a Carrón, volví a mi casa y quería contarle a todos mis viejos amigos lo que me había pasado. Pero me encontraba mal, no podía hacer las fotocopias, y me puse a escribir a mano la intervención de Carrón, copiándola de *Tracce*. Hice unas cuantas copias y ahora me la sé de memoria. Y también haciendo esto, sirviendo, me he sentido más yo mismo».

Me impresiona mucho lo de este chico porque ha descubierto casi naturalmente que vivir quiere decir dar la vida. Pero me surge una pregunta dramática: ¿hasta dónde puede llegar una dinámica de este tipo? Si esta dinámica no encuentra un punto de fuga, uno puede agotarse. Cuando hablabas del “antes”, me venía a la mente esa frase durísima de san Pablo: «Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha»³⁸. Querría preguntar si esto tiene que ver con la “piedad” de la que hablabas ayer. Pero tengo además otra pregunta. Viendo a ese chico es evidente que uno puede aprender la ley de la existencia, pero esto no le lleva a ningún lado; puedes acatar esta ley y no llegar a ver que te salva la vida, porque lo que te salva viene “antes”, es un Hecho que acontece. Por eso pregunto: nosotros, que estamos ante un espectáculo tan conmovedor, ¿qué podemos hacer para que el sacrificio de la vida, incluso cuando es por un ideal, no acabe con ella, sino que la haga florecer?

Carrón. Me han hecho llegar en estos días una frase de Séneca, que ha sido el tema de redacción del examen de selectividad de este año. La cito para explicar cómo la dinámica que se ha descrito es la ley de la vida, de tal manera que cada cual puede tener la inteligencia o la gracia de descubrirla. Escribe Séneca: «Tengo lo que he dado»³⁹. La ley de la vida es esta: darse. No es que la ley de la vida sea esta porque lo dice Cristo. Cristo revela un dinamismo estable: que la vida es darse, que yo poseo la vida cuando la entrego, y que cuanto más la doy, más soy yo mismo. No es la ley “cristiana” de la vida, es la ley de la vida *tout court*. Por eso un muchacho puede descubrirla, puede experimentar ese dinamismo. Tú preguntas: ¿puede uno permanecer así, sin que algo lo despierte constantemente? Respondo: será difícil que permanezca. Uno puede captarlo en un momento de agudeza y después decaer.

Pero lo que me interesa es la segunda parte de tu observación: uno puede permanecer en esta entrega –decías– y no llegar a ningún lado. Este verano, en la primera lectura de una misa, la liturgia nos hizo leer ese pasaje del Génesis⁴⁰ en el que el Misterio se aparece a Abrahán y enseguida Abrahán se pone manos a la obra para responder a esa Presencia (mata el cordero, prepara la comida, etc.). Se afana para honrar a esa Presencia. El Evangelio del día era el de Marta y María⁴¹. Y parecía que Marta hiciera lo mismo que Abrahán: también ella trabajaba. Pero Jesús la reprende. Eso significa que uno puede hacer un montón de cosas, puede darse,

pero de un modo erróneo. Siempre me he preguntado por qué la reprende. A menudo se responde oponiendo la contemplación a la acción. Pero, pensé: «Marta, Marta, te preocupas por muchas cosas...». ¿Por qué Jesús la reprende? Porque cuando Marta sirve no lleva en el corazón a la Presencia que tiene delante, servir esa Presencia no llena su afecto. ¿Y en qué se ve? En que le pasa factura a su hermana: «¡Mira que esta no me ayuda!». En cambio, si estoy encantado de poder servir a una persona, ¿qué me importa si otro no lo hace? Estoy tan contento de poderla servir que no tengo ningún problema si mi hermana no me ayuda. Por el contrario, se ve si sirvo de modo inadecuado en que no estoy satisfecho, lo que hago no llena mi afecto. El problema no es optar por hacer o por contemplar, es cómo vivo la relación con Aquel a quien sirvo, es si la relación me llena el corazón. Por eso Giussani añade que solamente es razonable darse a una persona. Darse al “todo” es darse a una persona: Dios. Por eso, si en lo que hacemos no prevalece la afirmación de Dios, del Misterio, de Cristo presente, el hacer es una cadena que no se suelta jamás y no nos llena nunca. ¡Y esto se ve porque pasamos factura! Todos los generosos antes o después pasan factura, porque su problema no es afirmar a Otro, no es la relación con esa Presencia capaz de satisfacer el corazón, sino lo que hacen.

Pero como la naturaleza de mi yo es la de ser deseo del Infinito, todo lo que hago es nada comparado con lo que deseo. El problema, por tanto, no se resuelve haciendo cosas, sino viviendo una relación. Por esto Jesús defiende a ultranza la religiosidad. O lo aprendemos o jamás estaremos satisfechos, aunque hagamos mil cosas dentro o fuera del movimiento, como responsables u organizando reuniones: el hacer será nuestra tumba. Vaciamos el misterio del yo, y pensamos que nos basta con lo que hacemos o conseguimos, con el trabajo, la mujer o las vacaciones. ¡No! Lo siento, cada uno puede comprobarlo en su experiencia. Sin el Misterio no se entiende nada. Lo que deseo es el Infinito y, por tanto, solo en la relación con el Infinito puedo encontrar satisfacción.

Esto nos parece algo “espiritual”, no la ley de la vida, no el desvelarse de mi yo en su relación con el Misterio. Aquí en la asamblea decimos que es así, pero en la vida nos movemos según otros criterios, buscamos la satisfacción en otras cosas. Mirémonos a la cara, observemos cómo nos movemos, vamos a escanear nuestro día: trabajamos a destajo, pero seguimos insatisfechos, como Marta. Todos los fastidios y las recriminaciones nacen de ese malestar, y

no tienen nada que ver con la ley de la vida. El origen último está aquí: no está resuelto el problema afectivo, porque sólo se resuelve en una relación, que se llama religiosidad. O nos ayudamos en esto o, querámoslo o no, como es la ley de la vida, no la ley “cristiana” de la vida, estaremos siempre insatisfechos. Lo cual se nota en que pasamos factura a quienes tenemos al lado, que sufren las consecuencias de un problema nuestro sin resolver. Ante los demás podemos fingir, porque no ven cómo vivimos; podemos hacer reuniones varias, pero pagamos las consecuencias de esta insatisfacción, y la pagan también los que tenemos cerca. Se necesita valor para mirar de frente a la vida y no andar contando historietas.

Intervención. Me doy cuenta de que caigo siempre en una trampa: pensar que se nos ha dado algo, pero no todo. En cambio tú decías hablando de la “piedad” que se nos ha dado todo, se nos ha dado el ser. Y el Misterio podía llamar a quien hubiera querido, a gente mucho mejor que yo, pero me ha escogido a mí y esto me colma de gratitud.

De todo lo que he vivido este año, me han hecho mella dos cosas en particular. La primera ha sido ver cómo mi hijo, que ha empezado el instituto, se está implicando con los chicos de GS: no ha faltado ni una vez a misa ni a la Escuela de comunidad. Yo nunca le hablé de GS, pero él siempre ha podido ver en nuestra casa el tipo de amistad que yo vivo. La segunda cosa se refiere a mi antigua profesora de universidad. Cuando era estudiante, ella era la única atea en mi departamento. El 24 de marzo, con 70 años, ya como directora de departamento, estaba con nosotros en Roma, en la plaza de San Pedro bajo la lluvia. Verdaderamente Dios puede cambiar la vida de cualquiera. A nosotros nos toca mirar. Pero creo que hace falta buscar a Dios, porque si no Le buscamos, si no se busca Su rostro en lo que sucede, es difícil verlo.

Carrón. Nos toca reconocerle, porque es Él el que se hace presente. Mira los ejemplos que has puesto (tu hijo y tu profesora): incluso cuando estás distraído o sepultado por los problemas, siempre hay alguien por medio del cual el Misterio te rescata. Él hace suceder algo que te reaviva. El Misterio no llega no se sabe cómo, llega siempre a través de un signo. Lo único imprescindible es que cuando me alcance el signo, cuando el Misterio llegue a mí a través de ese signo –tenga el rostro del hijo o de la profesora–, yo le preste atención y me rinda al reconocimiento de Su presencia. No

puedes reducir lo que ves en tu hijo a una suma de circunstancias propicias; no puedes reducir la presencia de tu profesora en Roma a un conjunto de simples circunstancias: tienes que pensar en Él. Hay gestos, momentos, en los que el Misterio se hace presente a través del signo de manera tan evidente que no puedes reducir lo que ocurre. Es la ternura del Misterio que te alcanza. El problema está en que tú estés atenta cuando aparece, en que lo reconozcas cuando se hace presente de forma tan clara. En eso se ve si Le buscas, si Le esperas, si estás dispuesto a buscarle. Si ante el signo no Le reconoces, te das cuenta de que no Le buscabas. Y viceversa, te das cuenta de que Le buscas cuando cedes al reconocimiento: es Él quien toma la iniciativa hacia ti constantemente. Lo cual es un alivio, porque no tengo que ser yo quien alcance el Misterio. Yo sólo tengo una responsabilidad: rendirme, ceder a Él, reconocerle cuando se hace presente. Y entonces la vida es otra cosa.

Intervención. Hoy estoy conmovido y lleno de gratitud porque todo lo que ahora has dicho describe mi existencia entera y me ayuda a entenderla. Mi vida está marcada –por elección o por obligación– por la necesidad. Soy médico desde hace 24 años y tengo una hija de 20 con una discapacidad grave. Estoy al cargo de una organización sin ánimo de lucro que se ocupa de los discapacitados. La insatisfacción de la que hablabas me describía totalmente. Yo quería darme, he querido dar la vida por Jesús; pero era como darla solo un poco, darla hasta donde podía respondiendo a la necesidad que encontraba. En varios momentos de mi vida, pero sobre todo hoy, he comprendido que justo la persona a la que quería ayudar (mi hija) ha sido la causa de mi conversión, es decir, la manera en que el Misterio me ha ido uniendo cada vez más a sí. Cuando Giulia nació, mi mujer y yo estábamos un poco al margen del movimiento; en estos años el Misterio nos ha atraído cada vez más hacia sí. Digo algo que podría sonar extraño: la relación con mi hija es el modo más patente para mí de relación con el Misterio.

Carrón. Mirad, o este hombre está loco o tiene razón. Porque decir que una hija discapacitada es el punto preferente de relación con el Misterio, o es verdad o es una locura. Esto significa que no hay aspecto de la realidad que impida hacer un camino, del que el Misterio no pueda servirse para atraerme. Entonces, como me decía un novicio, «en este sentido no existen circunstancias positivas y negativas». Como decía antes, si uno está disponible y

busca, si uno está atento al modo en que el Misterio le alcanza, hasta lo que se podría definir como “negativo” se convierte en ocasión privilegiada de relación con Él, una ocasión tan absolutamente única y excepcional que llega a asombrarnos.

Intervención. Una última cosa. Yo entregaría mi vida por mi hija. Pero me doy cuenta de que este darse totalmente del que tú hablabas en los Ejercicios (dar la vida a Cristo es la única posibilidad de satisfacción) es posible cuando tengo claro que no estoy ante una necesidad que tengo que resolver, sino ante el Misterio mismo que me elige.

Intervención. Cuando citabas la frase de don Giussani: «Al margen de la conciencia del todo [del Misterio], el hombre se sentirá siempre prisionero o hastiado»⁴², pensaba que lo que engrandece la vida de un hombre es esta relación con el Misterio, con el Infinito. Solo esto está a la altura de aquello a lo que el hombre aspira. Para entenderlo quiero contar un pequeño episodio, una imagen reciente.

Mi maestro, George Smoot, actual Premio Nobel de Física, ha participado este año en el Meeting. Se ha sorprendido mucho de toda la riqueza y la vida que ha visto a su alrededor, pero lo que más le ha impactado es que el Meeting se sostiene por la libre y gratuita entrega de tanta gente, muchos de ellos jóvenes. Una noche fuimos a cenar a San Marino. Conducía el coche en el que viajábamos un muchacho de Rímimi. Cuando volvíamos –era ya muy tarde–, él quiso indagar de nuevo: «Pero, ¿quién os deja los coches? ¿De dónde salen los conductores?». Se lo confirmé: «Los conductores son voluntarios». Entonces, comentó: «Ay, madre mía, entonces estamos haciendo sufrir a una persona que podría estar tranquilamente en su casa». Le traduje al muchacho el comentario de Smoot y contestó enseguida: «Nada de eso, para mí es un gozoso sufrimiento». Traduje a Smoot su observación y se quedó sin palabras. Un «gozoso sufrimiento». Conozco bien a Smoot, conozco su genialidad, su tensión e incluso su inquietud, y toda su incapacidad, por la historia que ha tenido, para ver claramente lo que el muchacho veía. De hecho, uno puede hablar de «gozoso sufrimiento», como decía Ércole ahora, sólo por la relación con el Misterio. ¿Qué es más grande –desde el punto de vista de lo humano, de la realización de la vida humana–, la genialidad del Premio Nobel o la persona sencilla que reconoce al Misterio?

Hay que verificar una y otra vez aquello por lo que vale la pena vivir. Uno puede incluso entregar el cuerpo a las llamas, pero sin este nexo con el Misterio no puede estar satisfecho.

Recordabas ayer que hay un gusto en ser dominados por el Misterio. Sólo podemos aceptar que nos domine el Infinito. No podemos aceptar que nos domine nada finito, aunque sea lo más importante, lo más potente o genial, incluso la comunidad, en el sentido de las personas que la componen. No hay nada finito que pueda estar a la altura de la aspiración del corazón humano. Pero este Infinito sería aún una abstracción si no fuera una Persona, como decías antes. Esto es algo dramático, es una Presencia fascinante que podemos mirar y seguir en nuestra compañía.

Carrón. Lo que dices me hace pensar en que nuestra tentación es siempre la de imponer a la realidad nuestros prejuicios o nuestras medidas, excepto cuando nos encontramos ante un hecho que nos deja sin habla y, en vez de dominar nosotros el hecho, estamos dominados, atrapados por él. Si no existieran momentos de este tipo, ya podría el Misterio hacer cualquier cosa, que nosotros, al final, reduciríamos todo a las explicaciones habituales. Pero ni siquiera el Premio Nobel puede impedir quedarse sin habla ante un gesto absoluto de gratuidad. Si no existieran estos momentos, encontraríamos respuestas, explicaciones, interpretaciones para no dejarnos impactar por nada. La belleza se percibe cuando sucede algo que no podemos dominar. Debemos hacer cuentas con ello, y esta es la gran cuestión de la filosofía: si las condiciones de posibilidad de la conciencia (fijaos en Kant) se imponen a la realidad, no si hay algo que es tan potente y desproporcionado que no se deja “atrapar” por las condiciones de posibilidad, y entonces el horizonte se abre de par en par. Si no existiera esto, podríamos dominarlo todo y quedarnos tranquilos, o al menos sin drama. Pero ni siquiera toda la inteligencia del Premio Nobel ha podido impedir encontrarse ante un hecho que le ha dejado sin habla: en vez de dominar, ha sido dominado. Aquí comienza el drama, porque yo estoy llamado a responder. Es el drama que se produce entre nosotros y el Misterio, a través de ciertos hechos, de ciertos momentos en los que Él se impone con esta evidencia. Son hechos que no podemos guardarnos en el bolsillo o reducir a factores anteriores.

Intervención. En este curso he pasado por una gran prueba que me ha arrollado, tanto desde el punto de vista público como

privado, como una especie de *tsunami*. Pero más importante que la prueba es Aquel que la ha permitido. Esta es, al cabo de este tiempo, mi experiencia: que la voluntad de Dios es misteriosa y que Su misericordia se me ha mostrado. Sin embargo, mi resistencia ante Él no termina. No es que una vez pasada esta prueba, que después se ha manifestado como un *kairos*, un momento de gracia, me guardo en el bolsillo la experiencia de la misericordia como una herencia que gastaré en el futuro. El acontecimiento de Su presencia se da cada instante y cada instante también resurge mi resistencia. Pienso que quizás esta resistencia es un regalo, porque indirectamente permite entender a qué nos resistimos: no a la prueba sino la Belleza que tenemos delante.

Carrón. Es llamativo que un hecho que te hace sufrir pueda convertirse en una gracia. Sin embargo, después, no puedes guardártelo en el bolsillo. Sin que algo nos rescate en el presente, flaqueamos. Hay una presencia que permanece, la Iglesia, que es la presencia misma de Cristo. Él nos ha prometido estar con nosotros «todos los días hasta el fin del mundo»⁴³: es esta presencia la que nos rescata continuamente. No hay circunstancia alguna que tenga la capacidad de despertarnos y rescatarnos como la Iglesia, pues es la presencia misma de Jesucristo que constantemente desafía nuestras medidas.

De todas formas, debo decir que la resistencia jamás es un don: puede contribuir a hacernos sabedores de que la Belleza existe, pero no es en sí misma un don. Si es resistencia a la belleza, a la verdad, no es buena. La resistencia, eso sí, puede ser la prueba de que algo bello me ha alborotado y, por eso, me resisto.

Intervención. Cuando en septiembre viniste a Perú, sucedió algo decisivo para mí: todo se hizo más sencillo. Me ayudaste a percibir la piedad y la compasión que el Misterio, que Jesús me había elegido. Mas allá de mi capacidad es como si, al llegar, me hubieras dicho: «Estás aquí, y por tanto, el Señor quiere que respondas». Esto ha puesto en marcha de nuevo mi yo, me ha liberado de mil imágenes: soy elegido, y por ello, libre de responder, sin tener que demostrar nada. Una vez alguien te preguntó en un retiro: “¿Cuánto valgo yo ante Jesús?”, y tú respondiste: “Tú vales el bautismo, o sea, Jesús te ha elegido y esto no te lo quita nadie”.

La experiencia de este curso, el trabajo sobre los Ejercicios de la Fraternidad y la Escuela de comunidad, me han hecho más

evidente que dentro de la realidad hay otro factor. También estos días, mirando, no puedo dar por descontado lo que veo, no lo puedo reducir a la suma de nuestras capacidades: hay otro factor, no tengo yo que añadirlo. Y es evidentísimo, si estoy atento.

Sin embargo, hay un “pero” que querría plantearte: pasar de esta afirmación a decir “Tú” con esa conmoción que cambia la vida (no me basta decir: “Existe Jesús”, debo decir: “Tú”), es como si no dependiese de mí, como si no estuviera en mis manos: sólo puedo mendigarlo, pero no es el resultado de un esfuerzo mío, sino de un regalo Suyo.

Carrón. Es un regalo que introduce una mirada que se hace tuya. Es una educación en la que no existe nada de mecánico. No es cierto que no tengas que hacer nada: debes reconocerlo, tiene que entrar en juego tu yo. Si Cristo entra en la historia para ayudarme a reconocer al Misterio presente, para facilitar este reconocimiento, y no despierta el yo, no se pone en marcha mi yo, Él permanece en un lado y yo en otro, no sucede nada. Que Cristo te lo ponga más fácil no te ahorra poner en juego tu yo. Por eso decir: “Tú” a Cristo es un trabajo, es un gesto de tu libertad. Como he repetido tantas veces, a propósito del capítulo décimo de *El sentido religioso*, don Giussani parte del estupor que nos provoca la realidad, nos toma de la mano y nos lleva hasta decir “Tú” al origen de ese estupor, hasta la fuente de la realidad que nos impacta. Pero que esto sea cada vez más mío, más tuyo, para que se haga familiar una mirada que no reduzca la realidad a nuestra medida, para que sea normal ver el fondo como la superficie, se requiere una educación, un trabajo; no es espontáneo. Ciertos momentos son tan imponentes que facilitan la irrupción de esta mirada, pero no se hará nuestra espontáneamente. Tenemos que entenderlo bien. Somos presuntuosos: a veces nos sucede algo tan luminoso que pensamos que no necesitamos hacer ningún trabajo. Jesús –y la Iglesia como continuación de Jesús– ha venido a educarnos en este trabajo, como veremos en la lección de mañana.

No hemos hecho más que empezar y ya hemos comenzado a entrever en qué puede convertirse la vida cuando esta mirada se hace nuestra, hemos comenzado a saborear lo que quiere decir. La única razón adecuada para continuar este trabajo es el amor que cada uno tiene por sí mismo y su destino.

LECCIÓN

Julián Carrón

En los Ejercicios de la Fraternidad dijimos que Jesús enseñó por medio de su persona la concepción que él tenía de la vida; la comunicó con su Presencia, sus gestos, su mirada, sus palabras y sus milagros; con todo lo que era. Jesús hacía presente su percepción de la vida, su mirada hacia el hombre, viviendo las relaciones, los encuentros, tal y como relatan los Evangelios. El método que el Misterio utiliza para introducirnos en la inteligencia de la vida –así lo hizo con los discípulos, los primeros que se encontraron con Él– es la persona de Jesús, el encuentro con Él y la convivencia con Él. Si no queremos reducir lo que aconteció, el método a lo largo de la historia debe seguir siendo el mismo. No podemos sustituirlo, un instante después, con un discurso, abstraerlo o teorizarlo; debe haber una presencia que, mediante sus gestos, su mirada, sus actos y su vida entera, encarna esa percepción que Jesús introdujo en la historia.

Por ello, en *Por qué la Iglesia*, hay un capítulo que se corresponde con el octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana* en el que Giussani aborda la «misión de la Iglesia para con el hombre terrenal»⁴⁴. En este capítulo se plantea el mismo método con el que Jesús comenzó. Es útil para nosotros volver a leerlo con esta perspectiva, aunque ya lo hayamos estudiado en la Escuela de comunidad al hilo del “Curso básico de cristianismo”. Lo retomamos, por tanto, teniendo en cuenta la pregunta que muchos plantearon ayer, a raíz de la asamblea: «¿Cómo puedo ser ayudado a descubrir y vivir hoy la concepción que Jesús tiene de la

vida? Todo lo que vimos en los Ejercicios, ¿cómo puede llegar a ser familiar para mí?» ¿Cómo hacer mía esa religiosidad? Sólo mediante una presencia: al igual que sucedía al principio, la concepción que Jesús tiene de la vida puede llegar a ser familiar para mí sólo si Cristo continúa presente; y la continuidad de la presencia de Cristo se llama Iglesia. Además, si leemos este capítulo fijándonos no sólo en la Iglesia en su totalidad, sino también en nuestra compañía –el movimiento, la comunidad, los grupos de Fraternidad–, tendremos que hacer cuentas con muchas cuestiones que solemos olvidar y que llevan a pretender de la Iglesia o del movimiento lo que no nos pueden dar.

Comienza el capítulo Giussani preguntándose cuál es la función de la Iglesia en la historia. Si la Iglesia es la prolongación de la presencia de Cristo en la historia, su función es la misma que la de Cristo. ¿Y cuál es la función de Cristo (según vimos en los Ejercicios y en la asamblea de ayer)? Educar al hombre en el sentido religioso, en la religiosidad. Jesús entabla una lucha sin cuartel para que comprendamos cuál es el alcance de nuestra vida; lucha para salvar lo humano, es decir, esta religiosidad. Él nos lleva a entender que la religiosidad define a la persona, o lo que es lo mismo, que la persona es relación directa con el Misterio.

Si la función de Jesús en la historia es educar en el sentido religioso e introducirnos en la religiosidad, la función de la Iglesia es la misma: educar en esa religiosidad, que don Giussani define como: «La postura exacta como conciencia y tentativa como actitud práctica del hombre frente a su destino». Así pues, la función de la Iglesia es educativa, es educarnos en la actitud verdadera ante la vida, porque «la salvación –prosi-gue Giussani– se produce a partir de una postura verdadera del hombre ante sí mismo y su destino último». El hombre no alcanza dicha actitud mediante la introspección, el análisis científico o una ideología. La palabra definitiva sobre la estructura de cada hombre y de nosotros mismos se encuentra en Cristo «el Verbo [que] se ha comunicado al hombre haciéndose carne». ⁴⁵ Por ello, Cristo no nos lleva a descubrir que nuestro yo consiste en la relación directa con el Misterio mediante una lección de filosofía, sino haciendo que suceda en nosotros: saliendo a nuestro encuentro nos hace comprender que sólo en la relación con Él logramos una plenitud de lo humano, alcanzamos una intensidad de vida y adquirimos un

sentimiento de nosotros mismos que nunca conseguiríamos con nuestros medios, que ningún intento o análisis podría proporcionarnos.

I. La palabra definitiva sobre el hombre y la historia

Así pues, lo primero que hace Jesús –mediante su presencia en la Iglesia– es decirnos la palabra definitiva sobre el hombre y la historia. «Esta palabra definitiva puede resumirse en dos expresiones: “persona” [...] y “reino de Dios”»⁴⁶. Él nos lleva a comprender cuál es la naturaleza de nuestro yo –“persona”: la naturaleza del yo es irreductible, pues es relación directa con el Misterio– y cuál es el significado de la realidad para la que la persona está hecha, que podemos llamar de forma sintética el “reino de Dios”. Es decir, el significado de la realidad tiene nombre, es Jesús; tiene un rostro y un nombre: Jesucristo. Si no somos conscientes de ello estamos inseguros, nos quedamos en la primera reacción o estado de ánimo, reducimos el sentido de las cosas a lo que nos apetece o nos parece.

Nos parece muy poco decir que Jesús ha traído esa concepción verdadera de la persona y nos ha ofrecido el significado de todo; nos parece poca cosa (y a menudo nos desconcierta porque creemos que es del todo insuficiente), pero fijaos en la percepción que tiene Giussani: «esta palabra definitiva [sobre el hombre y su significado] salva al hombre»⁴⁷. Y todos podemos comprobar que es cierto observando nuestra experiencia. Al entrar en nuestra vida, Jesús nos ha permitido descubrir nuestro yo de verdad y experimentar la plenitud a la que está destinado; hemos descubierto que el significado último de nuestra persona, aquello para lo que estamos hechos: es Él, es Cristo. Esto es lo que nos salva; nos ha salvado y nos salva, siempre que sucede. Si nos parece poquísimo –y por ello seguimos afanándonos como si nada hubiera ocurrido– es porque carecemos de la conciencia que don Giussani tenía de que sólo esto salva al hombre. Aunque, si fuéramos verdaderamente leales con nuestra experiencia, todos tendríamos que reconocerlo: «Es verdad, es literalmente verdad».

«Esta palabra [...] salva al hombre y le orienta para que adopte una postura justa frente a sí mismo y al mundo [...], le dirige por el camino de su verdadera libertad, [...] esto es, de su religiosidad»⁴⁸. Lo mismo dice el Papa cuando afirma que el encuentro con el que comienza la fe «confiere a la vida un nuevo

horizonte y con él, la dirección decisiva»⁴⁹. Por tanto, sintetiza don Giussani: «La Iglesia, como prolongación de Cristo, pretende ofrecer al hombre esta palabra: la *persona*, el hombre inmortal, intangible, irreductible, del que nadie puede disponer a su antojo; en función del *reino de Dios*». Persona y reino de Dios. Es decir, nuestra persona es irreductible y se realiza, encuentra sentido, sólo en el reino de Dios, «el orden secreto de las cosas, que el tiempo puede contribuir a oscurecer, pero que a su vez conduce hacia su claridad definitiva»⁵⁰ y que tiene un nombre: Jesucristo.

Así pues, si no “convivimos” con el contenido de los Ejercicios (donde sintéticamente se expresa esto en las lecciones primera y segunda) hasta hacerlo nuestro, estaremos siempre perdidos y seguiremos siendo víctimas de las circunstancias o del estado de ánimo. Tenemos los instrumentos que Cristo ha puesto a nuestra disposición para caminar: ¡usémoslos!

II. Una continua solicitud

Pero no bastan —¡todos lo sabemos!— las ideas claras y precisas, una doctrina correcta. Ya en la primera curva nos salimos de la carretera. Hace falta, como dice don Giussani, una continua solicitud, un lugar que nos eduque en esta religiosidad.

¿En qué consiste, de hecho, la educación que cualifica la misión de la Iglesia? En una «solicita preocupación pedagógica para que el hombre llegue a tomar conciencia de lo que es Dios, preocupación que se expresa en continuos reclamos al hombre para conducirlo a vivir con esta conciencia de dependencia total del Misterio»⁵¹. Lo vimos ayer en la “lucha sin cuartel” de la asamblea: si no hay un lugar que constantemente nos educa y nos reclama, ni toda la claridad del capítulo que hemos tratado en los Ejercicios bastaría.⁵² Hace falta una presencia, un lugar en el que podamos ser siempre educados en esta conciencia.

¿Qué debemos esperar, pues, de este lugar? Aprender la dependencia total del Misterio, o lo que es lo mismo, aprender que la ley del vivir es esta «dependencia del Padre que en cada instante formula nuestra vida, [es la] fuente continua de nuestro existir». Debemos esperar «una llamada apasionada a recordar aquello por lo que yo soy irreductiblemente yo»⁵³, porque la dependencia de Dios es la que me hace ser yo mismo.

Atención: de un lugar como este, de los amigos, de la Fraternidad, de los pequeños grupos, de la comunidad, debemos

esperar esta solicitud continua, esta llamada apasionada –como la de Jesús– a la religiosidad, para poder comprobar constantemente si es verdad que dependiendo de Dios me convierto en mí mismo. Si no percibo en mi experiencia que dependiendo de Él me encuentro a mí mismo, que depender de Dios es el mayor bien, no habrá reclamo que valga. Por eso hay que fijarse en esos momentos en los que vivir esta dependencia me ha llevado a experimentar una vida que yo no puedo alcanzar por mis propios medios, pensamientos, proyectos o acciones. Tengo que rendirme al hecho de que, cuando Cristo entra en mi vida a través de un lugar y me hace experimentar de modo existencial esta dependencia, me hace ser más yo mismo. Si no lo experimentamos, nos defenderemos. Podemos estar en el movimiento, participar en los gestos y todo lo que queráis, pero nos defendemos.

Tenemos que fijarnos en esos momentos porque lo que hemos dicho es algo inimaginable para nuestra razón que se concibe como medida. Por el contexto en el que nos hallamos, por la mentalidad de todos, lo último que se nos pasa por la cabeza es que yo sea más yo mismo al depender de Dios: pero en esto nos desafía el Señor, y nos desafía haciéndolo suceder. De hecho, el mayor reto que se le puede plantear a un hombre es tener delante a alguien que experimenta la “correspondencia imposible” que Cristo hace posible, una sobreabundancia de vida. Es esta la belleza de la que tantas veces nos defendemos. El cristianismo, tal y como lo hemos encontrado y recibido, no ha sido un discurso, sino un acontecimiento, un hecho, un encuentro en el que hemos experimentado esta “correspondencia imposible”. Y todos hemos tenido y tenemos la posibilidad de mirar cara a cara esa correspondencia. Por tanto, no hemos de hacer cuentas con no se sabe qué, con una idea de Cristo, con lo que opina el responsable de turno o el jefe de la comunidad, sino con la “correspondencia imposible” que cada uno ha experimentado. Sería muy fácil limitarse a hacer cuentas con otras cosas. Pero cuando uno ha experimentado esa plenitud de vida, pase lo que pase –aunque al día siguiente pueda tener una percepción completamente distinta de la realidad– no puede eliminar lo que ha sucedido (como cuando uno ha probado un vino excelente: no puede olvidarlo, sea cual sea el vino que le sirvan al día siguiente). Es inútil: es un hecho, un acontecimiento.

Si lo que hemos oído fuera sólo una teoría podríamos tirarla tranquilamente a la papelera. Pero ya no podemos volver atrás, porque hemos probado con claridad una percepción verdadera de nuestro yo, de nuestra dependencia del Misterio, de la plenitud que nuestro yo (mi yo, no el yo del hombre, ¡mi yo, tu yo!) alcanza en esta relación. La Iglesia, el movimiento, terminal último de la Iglesia que nos ha alcanzado, posibilita hoy esta experiencia. La Iglesia, plasmándonos («Disponiendo, plasmando, Tú nos das forma como un artista» dice un autor medieval citado por don Giussani⁵⁴) y luego remitiéndonos a lo que hemos experimentado, es un apoyo esencial para caminar.

Por eso el hombre —ésta es la ternura extrema del Misterio— no está solo: «Por definición está en compañía de otro que es Padre para él», que lo genera. Hemos sido creados, “somos” generados, y decaemos cuando no es así. «Esta es la razón de que, cuando le preguntaron a Jesús cómo tenían que rezar, Él no encontrara nada mejor en el horizonte de las experiencias humanas que mostrar al hombre como un niño en brazos de sus padres, y respondió que se dirigieran a Dios llamándolo Padre, y Padre “nuestro”». ¿Cuándo fue la última vez que rezamos el Padrenuestro con esta conciencia? La Iglesia, enseñándonos a rezar así, nos solicita de manera maternal, discreta e incansable, a reconocer que «el hombre queda definido de este modo como alguien que existe en el ámbito de una compañía que abraza el origen mismo de las cosas y está también con los demás hombres», porque todos tenemos el mismo Dios, que es nuestro Padre. «Si se borra este vínculo el hombre se extravía, se pierde a sí mismo en la colectividad. Es, pues, necesaria la incasable solicitud de la Iglesia que nos defiende así de ese aislamiento que tanto facilita el ser instrumentalizados. Sólo la religiosidad [...] constituye un límite frente a cualquier tipo de invasión e instrumentalización, incluida la eclesial [y podemos añadir: incluso la de CL, la de los responsables, los amigos o los de vete tú a saber]»⁵⁵. Si empezamos a fijarnos en la vida concreta iremos desenmascarando la instrumentalización que también puede suceder entre nosotros.

La Iglesia, introduciéndonos en esta religiosidad, solicitándonos a vivirla, nos recuerda ese “antes” del que hablamos en la introducción, ese “antes” sin el cual nos limitamos a hacer. No, antes que nada tengo que reconocer mi origen, lo que soy, el significado, porque sin esto no tengo «la postura óptima para afrontar los problemas humanos».

III. La postura óptima para afrontar los problemas humanos

«La Iglesia [...] solicita “una postura verdadera” frente a nosotros mismos y a la existencia [...], al realismo, a obrar de modo que recordemos cómo están efectivamente las cosas».

Todos los días tenemos que afrontar una serie de dificultades. Los problemas son «la trama de nuestras horas y nuestros días», y dentro de nosotros tenemos «el impulso de resolverlos»: nuestros esfuerzos se dirigen sobre todo a solucionarlos. ¿Cuál es la tentación? Pensar que la Iglesia, el movimiento, la Fraternidad o los amigos tienen que resolver nuestros problemas. En cambio, «la Iglesia nos indica la postura óptima para afrontar estos problemas humanos», nos educa en una actitud por la que cada uno se convierte en protagonista y deja de ser un crío que no sabe qué hacer; nos educa para que cada uno sea protagonista de su vida a la hora de vivir todas las circunstancias. «Si se vive con conciencia de nuestra dependencia original, que es la primera y suprema verdad, todos los problemas se sitúan de una manera que facilita más su solución»⁵⁶, afirma don Giussani. ¡Eso es un amigo! Los demás lo son de boquilla. Un amigo es el que te remite constantemente a tu dependencia original y, por ello, te pone en las condiciones más favorables para afrontar tus problemas; no es el que te sustituye a la hora de resolver el problema que tienes, ni el que te da la receta para salir de ciertos apuros. Si observamos nuestra vida concreta nos damos cuenta de que normalmente ignoramos esta advertencia: nos parece algo banal porque lo damos todo por descontado y, sin embargo, es lo que más nos falta.

La Iglesia no tiene como finalidad solucionar nuestros problemas –los problemas no quedan resueltos–, pero nos sitúa «en las condiciones óptimas para hacerlo». El sentido religioso, la religiosidad, es la roca sobre la que edificar la casa: «Si el hombre se coloca en la postura justa podrá afrontar sus problemas y tratar de resolverlos, pero, si no está en la postura justa, se complica la posibilidad de afrontarlos»⁵⁷. Sucede literalmente así. Nosotros, en cambio, creemos que la religiosidad nada tiene que ver con la capacidad de afrontar los problemas, que nos vale sólo para meditar por las mañanas; es decir, pensamos que es una premisa que nada tiene que ver con nuestro modo de mirar y tratar la realidad.

Nos queda muy lejos pensar que la clave sea la relación con el Misterio, la religiosidad, que eso sea lo que más nos facilite a la

hora de afrontar cualquier problema. Basta pensar en lo que sucede cuando hay una dificultad en casa –en la familia o en el matrimonio–, en el trabajo o en el campo afectivo: lo último que nos viene a la mente es que nos falte una actitud verdaderamente religiosa, es decir, que necesitemos vivir la relación única con el Misterio que nos permitiría asumir una actitud justa. No negamos la religiosidad, a Dios o al Misterio; no lo negamos, no; pero lo dejamos “fuera”. Está fuera de nuestra mentalidad que dicha religiosidad tenga algo que ver con afrontar los problemas. Vamos a observar qué solemos hacer: charlamos con todos, les preguntamos, hacemos lo imposible y más, menos asumir una actitud adecuada, menos pensar que la posición justa sea la de vivir la religiosidad. Es como llegar a la última playa: nos dirigimos a ella cuando ya lo hemos intentado todo, pero, ¡ya tiene que ser grave el asunto! Esto muestra lo lejos que estamos de esta posición en nuestro modo de actuar.

Pero Jesús dice: «Yo os aseguro [fijaos a qué texto nos remite don Giussani]: nadie que haya dejado casa, hermanos o hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora en el presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, [...] y en el mundo venidero, vida eterna»⁵⁸. Sólo quien da prioridad a esto recibe todo: todo le viene dado, se le devuelve todo. «Es decir: la postura justa puede significar incluso un distanciarse del propio punto de vista, o de ese determinado segmento de la vida al que uno quisiera aferrarse como si lo fuera todo; pero, si se lleva a cabo ese distanciamiento, ello produce una riqueza nueva y verdadera, una posesión nueva y verdadera de las cosas y de los afectos»⁵⁹. Sólo si uno da preferencia a este Amor, el único que puede llenar el corazón, si uno entiende que su yo sólo se realiza en esta dependencia, en esta relación con el Misterio, cuyo rostro, preciso para nosotros, es Cristo, si uno da prioridad a esta experiencia de plenitud, podrá adquirir la posición justa y la distancia necesaria, no como resultado de un esfuerzo, sino como consecuencia de haberle dejado entrar.

Cuántas veces hemos llegado a una reunión apesadumbrados, cansados, agobiados, no sabiendo ni por dónde empezar a hacer frente a los problemas, y sin haber hablado ni un solo minuto de lo que nos preocupaba, algo que teníamos delante nos ha arrollado: nos ha cambiado y hemos vuelto a casa aliviados, con el deseo de afrontar todo con una actitud completamente

nueva. Esto no es un cuento chino. No es cierto que Cristo sea igual a cero y por eso esté muy bien para la vida espiritual, pero no valga para afrontar la realidad histórica. Es más, sólo su Presencia nos coloca en la posición justa para agarrar el toro por los cuernos, sólo Él nos pone en la posición más adecuada para afrontarlo todo. Es como si Cristo nos dijera: «Mirad: vosotros solos no podéis, no os podéis dar esta postura justa por vosotros mismos; sólo la podéis acoger, recibirla constantemente cuando se os da. Cuando Yo colmo vuestro corazón, cuando mi Presencia os llena con una plenitud de otro mundo, entonces obtenéis la postura justa para mirar todo».

Si esto falta, dice don Giussani, «tergiversamos los problemas que tenemos entre manos». No se complica la vida espiritual, ¡sino los problemas! Tergiversamos los problemas, las dificultades crecen, se complican. El motivo por el que se complican «es que nosotros mismos no estamos tampoco orientados hacia nuestro origen, pues, de otro modo, tendríamos una visión de esos problemas que permitiría que apareciera su lado abordable, o por lo menos una visión que nos permitiría aceptarlos, o, en todo caso, una visión de nosotros mismos que nos haría encontrar la fuerza necesaria para pedir ayuda. Porque se trata de tener puesta la mirada en Algo más grande que los problemas concretos»⁶⁰. Lo que nos pone en la actitud adecuada es que haya Alguien que nos atraiga de tal modo hacia Sí, hacia el lugar de Su presencia, que estando allí nos sintamos distintos, no porque se solucione el problema concreto que nos trae de cabeza, sino porque se introduce un factor distinto que nos devuelve la actitud justa para afrontarlo.

IV. Los problemas del hombre

Sólo así podemos afrontar los problemas del hombre, que son, como observa don Giussani, la cultura, el amor, el trabajo y la política. «Cada una de estas categorías reúne y agrupa las diferentes facetas de los obstáculos y las problemáticas que el hombre tiene que afrontar en su camino». Y añade: «Si la Iglesia proclama que su finalidad es ganar la partida en el esfuerzo humano de promoción, de búsqueda, de expresión, haría, por volver a la imagen de la madre que evocamos antes [...] como esos padres [¡atención!] que se hacen la ilusión de que pueden resolver los problemas de sus hijos sustituyéndoles a ellos»⁶¹. Esto es lo que hacen muchos entre nosotros: piensan que os

ayudan si os sustituyen; como vosotros pensáis que ayudáis a los demás sustituyéndoles. ¡Es mortal!

La función de la Iglesia, al igual que la del movimiento o de cada uno de nosotros, no es sustituir a los demás, porque entonces seríamos unos ilusos, igual que los padres que piensan en resolver los problemas de sus hijos sustituyéndoles. Si alguien os trata así, sabed que no es justo, y si os dejáis tratar así, os volvéis cómplices. No es esta, desde luego, la función del movimiento. «Sería además para la Iglesia –dice don Giussani– una vana ilusión, porque de ese modo faltaría a su misión educativa»⁶². Sustituir al otro es faltar a la tarea educativa. ¡Es más fácil sustituir que educar! Es más fácil resolver el problema de matemáticas a tu hijo que acompañarle hasta que él lo resuelva. Es más rápido. Pasa lo mismo cuando llega alguien con un problema y le dais la receta para quitároslo de encima, en vez de hacer un camino con él, porque para acompañarle tendrías que verle una y otra vez. Pero si se obra así, el niño –o el amigo– no aprende, y nosotros tampoco. Si queremos educar no podemos obrar así. Dejemos de tomarnos el pelo y preguntémonos qué nos ayuda de verdad. Cuando le digo a alguien que me resuelva un problema, no quiero mi bien; cuando protesto y me enfado porque el otro no me da lo que le pido, es decir, la solución, no deseo mi bien. Es una ilusión que tiene dos consecuencias: «Envilecer la historia esencial propia del fenómeno cristiano [se reduce la naturaleza del cristianismo] y [...] empobrecer radicalmente el camino del hombre»⁶³.

V. La iglesia no tiene la misión de solucionar los problemas del hombre

«Así pues, la Iglesia no tiene como misión directa proporcionar al hombre la solución de los problemas con los que este se encuentra a lo largo de su camino». Su función «es la educación de la humanidad en el sentido religioso», es decir, en asumir «la postura justa ante la realidad [...], postura justa que constituye, además, la condición óptima para encontrar respuestas más adecuadas a esos interrogantes».

Pero sólo se puede educar a través de la libertad. La solución «no puede evitar el riesgo de la libertad». El que sustituye a otro anula su libertad. Si sustituimos a otros les negamos libertad. Es como si «la Iglesia debiera darles una solución previamente confeccionada»⁶⁴. También nosotros muchas veces vamos a pedir

una solución a la medida, pero esto no será nunca lo propio del carisma; lo mismo que confeccionar soluciones nunca será la tarea de la Iglesia. Don Giussani cita este pasaje del Evangelio sumamente significativo. Dos hermanos, que pelean por una herencia, se acercan a Jesús, y uno de los dos le dice: «Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo». Él le respondió: «¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?». Pero no acaba ahí, porque Jesús les da un criterio para hacer el camino: «Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes»⁶⁵. Jesús no les resuelve el problema, pero les ofrece un criterio para situarse en la posición justa, de modo que ellos mismos lo puedan resolver. Rechaza el papel que le asignan los dos hermanos. Quizá aquellos dos se quedaran un poco desconcertados. Era como haberles dicho: «¡Apañáoslas!», después de que le pidieran: «Maestro, échanos una mano». Pero, en realidad, lo que Jesús hace es darles el criterio para asumir la actitud justa para que ellos mismos resuelvan su problema, y no acepta el papel que los dos quieren endosarle. Muchas veces la gente nos pide soluciones y nosotros, que somos «caritativos», estamos dispuestos a responder; pero esto no es caridad. No lo es porque ocupamos el lugar que le compete a otro. No se trata de callarse: hay que sugerir el camino que se debe recorrer para que el otro halle la solución por sí mismo. Sólo así crece el hombre, sólo así es educado («No te dejo solo, pero tampoco te sustituyo»). Esto casi siempre nos parece bien poco, queremos una respuesta ya elaborada, y al mismo tiempo, los demás también nos piden respuestas a medida.

VI. Las ventajas de la libertad rectamente entendida

«La función de Cristo y de la Iglesia con relación a los problemas de los hombres no es, en cualquier caso, igual a cero», aunque muchas veces nos parezca así y por eso queramos asumir otra función saltándonos la libertad del otro, sustituyendo a los demás. Como nos parece poco, queremos llegar más deprisa y sustituimos al otro. ¡No! «La función de Cristo y de la Iglesia con relación a los problemas de los hombres no es, en cualquier caso, igual a cero». El reclamo de Cristo, de la Iglesia, no es la «fórmula mágica para evitar mecánicamente» algunas posturas equivocadas o determinadas cosas: reclamar a la religiosidad «es el fundamento para que las soluciones sean más fácilmente

humanas». No hay un método que sirva para evitar ciertos riesgos (un método con el que, por ejemplo, los padres puedan evitar los riesgos a sus hijos). Con los compañeros, los jóvenes, los universitarios, con los adultos debemos constantemente plantear el fundamento para que la solución sea más fácilmente humana. Esto nos parece muy poca cosa. Pero el fundamento «es el comienzo para poder construir, no es todavía todo», porque pasa por la libertad, que «es el síntoma esencial de la humanidad que tiene la solución adoptada».⁶⁶

VII. La tarea de todos los hombres

La tarea de cada hombre es buscar por sí mismo la solución; la solución es tarea del individuo. «Dios no obliga al hombre a ser él mismo si éste no quiere [...]. Se lo pide, le incita a ello», pero no le obliga. Si el hombre acepta, dice con una preciosa afirmación don Giussani, «si se adopta sinceramente esa actitud que reclama la Iglesia, no se tarda en experimentar una energía y una fiereza en ponerse a trabajar que tienen una intensidad muy particular»⁶⁷. Si aceptamos este desafío sale toda la energía que tenemos dentro. Y al revés, cuando damos la solución ya hecha, en vez de despertar toda la energía del otro –por la cual el yo aflora y se convierte en protagonista–, el hombre se encoge. Por eso es una ilusión.

El resultado de la educación es que brote toda mi potencialidad para que me convierta en protagonista. Lo opuesto es que alguien me sustituya y me dé respuestas ya hechas, no me desafíe y no emerja todo mi yo, con todas mis capacidades. Así pues, la Iglesia nos propone «esta afirmación absoluta e intransigente de la religiosidad», que no es abstracta, porque «es fundamento de una construcción que nos atañe a todos y cada uno de nosotros»⁶⁸. La Iglesia nos educa verdaderamente, nos permite cada vez más entrar en la realidad como protagonistas. Esto es lo que más me ha fascinado: me he dado cuenta de la novedad que había entrado en mi vida porque me convertía en protagonista de ella. Fueron las primeras señales de novedad que me fascinaron. Por eso le tengo afecto a este camino, que desde luego no ha concluido; más bien me maravilla cada vez más, porque sé que yo antes no era así. Lo que me he encontrado ha permitido que yo emerja con todas mis capacidades, que me ponga en juego como nunca habría pensado. He aquí el resultado de este trabajo educativo, si aceptamos el reto. Si lo

rechazamos, quizá nos ahorremos alguna situación comprometida, pero no emergerán personalidades; nos quedaremos encogidos.

VIII. Nunca se vivirá integralmente la religiosidad en la historia

No se vivirá plenamente la religiosidad en la historia. Para eso tenemos el sacramento de la penitencia, para volver a empezar siempre. La vida es esta lucha, y sin la misericordia que nos permite recomenzar abandonaríamos el camino. La imagen de la vida que nos propone don Giussani es la de una tensión.

IX. La tensión moral del cristiano

Pero, si lo pensamos un momento, la imagen de la vida como tensión es la que más coincide con nuestro yo. En realidad es como si se dijera: «Sé leal con la tensión que hay en ti». La Iglesia siempre nos reclama a esa tensión que hay en el fondo de nuestro ser.

La vida es un camino. El hombre cristiano es *homo viator*. Y cuando uno camina «el signo experimentable» de este camino es la paz. «La tensión por afirmar lo real según la mirada de Cristo es el fundamento de la paz».

«El sujeto humano –por tanto– se sitúa frente a los problemas con una actitud adecuada a su humanidad y su destino. Él está llamado a aplicar a esto su libertad y consiguientemente su trabajo. Con conciencia de que su camino es a tientas y corregible, de que su libertad es frágil y necesita de perdón, y que por medio de este siempre se recupera»⁶⁹.

Martes por la tarde
28 de agosto de 2007

ASAMBLEA

Intervención. Has dicho que «es más fácil sustituir al otro que educarle». Ha habido un tiempo en el que parecía que educar era sustituir (me refiero al ámbito de *GS*, de los bachilleres). Ahora parece que se nos pide dar un paso atrás. ¿No se corre el riesgo de dejar solo al otro en su decisión? ¿Qué quiere decir acompañarle? ¿Qué espacio tiene la obediencia en este juego de la libertad?

Carrón. Esta pregunta revela la dificultad que tenemos para entender las relaciones. Es una dificultad cultural, desde hace siglos: parece que sólo se puede afirmar una cosa a costa de otra. Pongo un ejemplo. Se pensaba que para afirmar a Dios había que eliminar al hombre. Después llegó el ateísmo: para afirmar al hombre había que eliminar a Dios, y así sucesivamente. Es la historia de Occidente: para afirmar un valor hay que excluir otro; sólo se afirma una cosa a costa de otra. En el caso de la educación, para afirmar al educador excluimos al educando. Y si se nos dice que no debemos sustituirle, no sabemos qué hacer como educadores: nos parece que esto implique retirarse, dar un paso atrás en la relación, lo cual es completamente erróneo.

¿De dónde partir entonces? De una experiencia en la que puedo reconocer y afirmar la presencia de otro, no a costa de mi yo, sino como plenitud. Cuando me enamoro caigo en la cuenta de que yo soy más yo porque existe la otra persona. Sin el otro no alcanzo mi plenitud. Por tanto, el otro no debe retirarse, debe

estar presente con toda su personalidad, su excepcionalidad, belleza, simpatía, humanidad y atractivo, para que yo sea plenamente yo. Así ha entrado el Misterio en la historia. Y este método –que secunda una experiencia tan natural– es el mismo que Dios ha asumido para hacernos compañía.

Lo cual se documenta permanentemente en la Biblia: el Misterio no entra en la historia para excluir al hombre. Al contrario, la presencia del Misterio en la historia es lo que permite que el yo aflore. Hace unos años don Giussani nos hablaba de la llamada de Abrahán como el origen que hace emerger el “yo”⁷⁰: el Misterio que entra en la historia evoca al yo. Y esto adquiere su máxima expresión en la Encarnación. La presencia de Jesús no se afirmaba “a costa” de la de los discípulos: Su presencia excepcional hacía que los discípulos experimentaran su yo de una manera que ni en sueños habrían imaginado.

Con don Giussani nosotros hemos tenido la misma experiencia. Jamás Giussani se echó atrás en la relación con nosotros, ni menguó su implicación con nosotros (¡Menos mal!). ¿Acaso percibíamos que nos sustituía, que no nos tenía en cuenta, que se imponía? No. Más bien lo contrario. Veíamos que, gracias a su presencia, a su excepcionalidad, a que se ofrecía constantemente con toda su genialidad, humanidad y pasión, iba naciendo un pueblo como el nuestro. No es como pensamos. Tenemos que corregirnos. De hecho, sin una humanidad, sin que una presencia se ofrezca enteramente, no hay educación, no puede generarse un yo. Pero como muchas veces no somos una presencia, lo sustituimos por el poder o las instrucciones de uso. Quien es una presencia no necesita ni poder ni instrucciones, basta con que se ofrezca.

Así pues, el asunto es aprender una concepción distinta de nosotros mismos: no como quien ejerce un poder, sino como presencia, como una presencia que despierta, que puede fascinar, hacer emerger el yo del otro. Sin esto no hay educación. Si queremos educar personas responsables no podemos hacerlo soltando instrucciones de uso, sino siendo nosotros mismos y, en la medida en que obedezcamos a lo que nos genera, lo vivamos todo –las dificultades y las bondades de la vida, el descanso y el trabajo– de tal manera que el otro se sienta atraído y no se lo quiera perder.

Esto es hacerse compañía. Todo lo demás son historias, porque lo que tú y yo necesitamos es una presencia. No hace falta

que mengües o te escondas; al contrario, hace falta que vivas una novedad, tengas una energía y una originalidad que me impacte. Para eso hay que obedecer al Misterio que nos genera, pues sólo eso despierta mi libertad y la del otro. Esto es lo que está en juego: o lo aprendemos los que estamos aquí y asumimos nuestra responsabilidad, o inexorablemente prevalecerán las instrucciones de uso.

Intervención. Es verdad que nos parece poco reclamar al otro a vivir la religiosidad. Normalmente, los norteamericanos entendemos por religiosidad ser espirituales, sentimentales o piadosos, lo vemos como algo añadido a la realidad. Ayúdanos a entender mejor qué es la religiosidad y cómo nos introduce en la realidad.

Carrón. Lo primero es entender qué es la religiosidad, porque si consiste en ser espirituales, sentimentales o píos, tiene poco que ver con la realidad. En cambio, si la religiosidad coincide con la exigencia de totalidad del yo, la conciencia de las preguntas últimas que lo constituyen, podemos empezar a descubrir en la experiencia cómo se despiertan esas preguntas, cómo crece esa exigencia de totalidad que nos caracteriza. Entonces se hace patente que es la realidad lo que despierta en nosotros la dimensión religiosa. He aquí la genialidad que tuvo don Giussani, en la que se nos ha educado a través del capítulo décimo de *El sentido religioso* (que seguimos teniendo dificultad en entender como la clave de nuestro modo de pensar). Ahí se dice que para ser religiosos hace falta vivir intensamente lo real: la realidad nos impacta, nos llena de estupor y, mediante ese atractivo, despierta en nosotros las preguntas últimas, la exigencia de totalidad.

Y la realidad puede ser bonita o fea. Cuando uno está enfermo también se despiertan estas preguntas; no sucede sólo ante la belleza de las montañas. Es más, una enfermedad –propia o de una persona querida– hace que surjan más dramáticamente. La realidad saca a flote la exigencia de significado que tenemos en la relación con todo. Por eso podemos decir que no hay verdadera religiosidad sin la relación con la realidad. No va por un lado la religiosidad y por otro la realidad: sin realidad no emerge la religiosidad, no hay yo consciente.

Pero dejar que la realidad nos avive supone no quedarse en las apariencias. Si nos quedamos en las apariencias, antes o después la realidad dejará de interesarnos. Todos tenemos experiencia de

que muchas cosas que nos fascinaban han ido perdiendo su atractivo e interés con el tiempo. La realidad despierta la religiosidad siempre y cuando me deje llevar hasta el fondo de las cosas. Por eso, don Giussani no se detiene en ese capítulo en el asombro inicial, que con el tiempo decae (sea provocado por Dante o por cualquier otra cosa). Tenemos que estar atentos: si no hacemos todo el recorrido hasta el origen de lo real, hasta el Tú, antes o después dejará de interesarnos. Y esto sucede con lo que más nos atrae, en donde el atractivo es más fuerte, como en el amor: si no llegamos hasta el fondo incluso el amor por la mujer decae. ¡Qué misterio! Se trata, pues, de ir hasta el corazón de la realidad, hasta su fuente, hasta el Tú que la origina. Si no llegamos allí tarde o temprano se agota el interés.

Sin embargo, cuando llego a reconocer ese Tú que fascina al yo, que lo despierta constantemente, toda la realidad, hasta el más pequeño detalle, el que parece más insignificante, adquiere interés para mí: «En la experiencia de un gran amor, todo se vuelve acontecimiento en su ámbito»⁷¹. ¡Todo! Si no llegamos hasta reconocer al Tú todo pierde su atractivo. Es lo mismo que decir que sin religiosidad, sin llegar al corazón de la realidad, todo nos asfixia y desilusiona, hasta lo más bello, porque lo que de verdad me atrae es el fondo, el Misterio que está en lo hondo de todas las cosas. Si eliminamos el Misterio de la realidad antes o después dejará de interesarnos. Es un dinamismo inexorable. Y nosotros queremos entenderlo para secundar otro dinamismo y poder recomenzar siempre desde ahí. Si no, todo se reduce a moralismo, y antes o después nos acabaremos yendo a casa cansados y defraudados. El moralismo no puede despertar constantemente mi yo, no puede ser fuente de energía; el yo no tiene esta energía, ésta debe ser suscitada una y otra vez por una Presencia que está ante mí. Para ello vino Cristo.

Vivir la religiosidad nos introduce en la realidad, en el corazón de lo real. Ir al fondo de la realidad: en eso consiste la verdadera religiosidad, es decir, la apertura a la totalidad que define al hombre. Ahora comprendemos por qué se empeña Jesús en la cuestión de la religiosidad: sin ella la persona no respira, se ahoga, y tarde o temprano la realidad deja de interesarle, decae el interés por ella. Jesús no vino para que seamos un poco más píos o “religiosos” en el sentido dicho anteriormente (espirituales, sentimentales, pietistas). ¡No! Lo que está en juego es el sentido de la realidad, la vida. La gracia del carisma nos ha aportado

esta manera de percibir la religiosidad. Si no queremos perderla, tenemos que ser cada vez más hijos. De lo contrario, hasta estas cosas con el tiempo dejarán de interesarnos.

Intervención. Hace dos meses y medio que vivo en Boston con mi familia y trabajo en el hospital de Harvard, posiblemente una de las mejores universidades del mundo. Y es verdad que vivir definidos por la relación con Algo más grande, con el Misterio, es una novedad, una revolución. Viviendo esa relación con el infinito me siento libre de la medida que tratan de imponerme mis compañeros de trabajo: estoy más contento y ellos lo perciben. Aquí se ha dicho que es posible permanecer en esta posición por un amor que nos precede, por una piedad que está presente ahora. También se nos ha dicho en la lección que la finalidad de la Iglesia es mostrar esta misericordia y reclamarnos a la relación con el Misterio. Sin embargo, la cercanía de la Iglesia en esta circunstancia de mi vida, es decir, la comunidad que tengo más cerca, me parece, a veces, muy pequeña y casi sin horizonte. ¿Qué tipo de trabajo y responsabilidad esta situación requiere de mí?

Carrón: ¿Qué hacer cuando la realidad del movimiento o de la Iglesia no es la que querríamos? La realidad te educa. Te das cuenta (y esto es un bien para todos, porque a muchos les pasa como a ti, que no tienen al lado una comunidad, que se encuentran solos, cosa frecuente en EEUU, ya que el más cercano puede estar a quinientos kilómetros) de que si no fuera posible vivir allí lo que hemos encontrado podríamos irnos todos a casa. ¿Qué trabajo y responsabilidad se requieren en esta situación? Tienes una oportunidad magnífica de verificar toda tu experiencia cristiana. ¿Cómo? La prueba de que es válida la experiencia que has vivido aquí –en la forma que la Iglesia asumía para ti en Italia– es cómo vives ahora tu realidad concreta.

¿De qué modo la realidad te sale al encuentro? ¿De qué manera te alcanza el Misterio ahora? En tus circunstancias. La circunstancia es la modalidad en la que te llama el Misterio (se llama vocación, es la vida como vocación), por eso esa situación se te da para reconocer al Misterio. Si lo reconoces, como dijiste al principio, te sentirás libre y contento. Sea cual sea la circunstancia –también en Harvard, sin tener a nadie al lado– nada puede impedir que Le reconozcas y que allí puedas experimentar la alegría y la libertad. Esto es decisivo para ti, porque ahora puedes ir adonde quieras.

Tienes todo lo que necesitas para vivir, todo es ocasión para reconocer al Misterio que te hace sentirte contento y libre.

¿Cuál es tu responsabilidad? Responder al Misterio que te llama a través de las circunstancias. Es la misma responsabilidad de cada día: si voy a una reunión o un encuentro puedo estar ahí pasivo, esperando a que termine, o puedo estar presente con todo lo que soy, buscando responder al Misterio que me llama en ese momento. ¿Cuál es la diferencia entre que tú estés allí y yo aquí? Ninguna. Tú allí puedes estar respondiendo y yo aquí, no. No es automático que yo responda simplemente porque estoy aquí; podría no responder; y tú allí puedes responder o no. ¿De qué depende? De la libertad. Lo importante no son las condiciones más o menos favorables. Partiendo de lo que nos ha sucedido podemos reconocer que toda la realidad habla de Cristo y puede ser ocasión de relación con Él: «Cristo es la realidad»⁷², dice san Pablo. Si respondes, verás allí la victoria de Cristo. ¿Cómo? En la alegría y en la libertad, y ello permitirá que hagas presente la Iglesia allí donde estés, en cualquier situación.

Nadie te impide allí responder al Misterio, como nadie me garantiza a mí aquí, delante de vosotros, que le responda. Y es fascinante, porque así nadie creerá que puede ahorrarse el gesto de su libertad por encontrarse en una situación favorable o “desfavorable”. Todos estamos ante el Misterio que nos llama, y uno puede responder o no. Si respondes, ves lo que sucede; y lo que has vivido supone una esperanza para todos, porque todos estamos obligados a vivir la fe –a reconocer lo que nos ha sucedido– en un mundo que parece alejarse. Imagina que fuésemos menos. ¿Te impediría eso vivir en esa situación lo que hemos dicho? No dependemos del grupo, ni de tener un grupito cerca, porque aunque tuvieras el grupo a un metro podrías no responder a la circunstancia y así te faltaría el aire (hay mucha gente que no está a gusto y tiene un grupo de Fraternidad a su lado). Si la Fraternidad, la Escuela de comunidad, los amigos, no me ayudan en mi responsabilidad, no sirven; cuando lo hacen, aunque yo esté solo en ese momento, la compañía me da consistencia. No podrías estar allí de la manera en que estás si no te diera consistencia la compañía. No estás solo, estás dentro de la compañía que te ha generado; tu yo se genera en esta compañía, por eso aunque estés solo estás en compañía.

Por tanto, tú allí puedes vivir y respirar libremente o ahogarte. ¿De qué depende? De cómo respondas al Misterio que te llama,

de cómo vivas la circunstancia vocacional que el Señor te ofrece. Es un camino apasionante: una aventura sin “seguros”, pero que conlleva la posibilidad única de ver la victoria de Cristo. Su victoria no depende de que “seamos muchos” (como piensan algunos) sino de la respuesta a Cristo que me llama. Esta es nuestra laicidad. Por eso podemos vivir en cualquier situación esté como esté la Iglesia en aquel lugar. Es una oportunidad para todos, también en la China.

Intervención. ¿Cómo sé que estoy sustituyendo la libertad de otro?

Carrón. Lo sabes cuando ves que el otro no crece, no despliega toda su personalidad. ¿Cómo pueden ver un padre y una madre si están sustituyendo al hijo? Porque los hijos están cada vez más encogidos, tienen miedo a enfrentarse a la realidad y menos iniciativa; lo cual sería señal de que no han sabido dirigirse a la libertad de sus hijos, implicar a la persona. Sé cuándo sustituyo a otro por el tipo de sujeto que se crea. Por el contrario, cuando las personas crecen, cuando emerge su “yo”, tienen siempre ganas de luchar, de participar en la aventura de la vida. Cuando alguien les sustituye, todos huyen “al convento”. Por ejemplo, podemos construir lo que es GS motivando a los chicos a que se relacionen con toda la realidad que les rodea o bien creando un oasis para ellos o un fuerte en medio de los indios (que serían sus compañeros de clase). Tenemos que decidir si corremos la aventura de educar o satisfacemos simplemente la exigencia de tener un grupo de soldaditos a nuestro alrededor: lo segundo no tiene interés ninguno, ni siquiera para los adultos; lo otro, sí. Educar es toda una aventura.

Intervención. Si el sentido religioso es un dato que encontramos en nosotros, ¿por qué tenemos que educarlo?

Intervención. Otras personas también viven, espontáneamente, la aceptación de la realidad como un dato. ¿En qué resulta útil y determinante la Iglesia?

Carrón. Es la misma pregunta formulada de dos maneras distintas. El sentido religioso es un dato que encontramos en nosotros y que la realidad despierta continuamente, por eso puede surgir la pregunta: ¿por qué hace falta educarlo? Don Giussani ha aclarado

la respuesta a dicha pregunta y nos ha acompañado a entenderlo, porque este dato que encontramos en nosotros no permanece de forma espontánea con toda su apertura original. Lo vemos en la curiosidad de los niños, en su total apertura, que en ellos sí es espontánea; pero en los adultos decae poco a poco. Es cierto que es un dato, pero, por lo que antes decíamos, decae si no se educa constantemente. Sin una relación con la realidad que nos despierte continuamente, nuestra exigencia de significado, de totalidad, de satisfacción, decrece. De hecho, conocemos mucha gente escéptica a la que cada vez le interesan menos las cosas. Por eso necesitamos una educación, no basta con la espontaneidad.

Esta educación es la misión de la Iglesia. Es necesaria, porque sin el reclamo persistente de un lugar concreto –la Iglesia–, el sentido religioso humano sucumbe a la idolatría, es decir, se cierra afirmando algo particular como significado total. El sentido religioso natural es apertura a la totalidad, pero para mantener esta apertura original hace falta una presencia que abra tenazmente la herida de la totalidad. Por esto era necesario Cristo. Sin Cristo el hombre acaba afirmando un particular como un ídolo, ya que no es posible mantener por mucho tiempo la posición vertiginosa del hombre religioso.

Pero esto no afecta solo al sentido religioso natural, también nos afecta a nosotros: si no nos despertase permanentemente una presencia, también “después de Cristo”, caeríamos en la idolatría como todos, ya se llame Cristo o la Iglesia, o se llame de otra manera. El hombre no puede evitar afirmar “algo” como significado último de sí y de la realidad, y si no es constantemente despertado, siempre acaba por afirmar un particular (es el dinamismo del “ídolo”). ¿Qué nos impide decaer, sucumbir en esa dinámica? Miremos la historia reciente: ¿dónde acabaron aquellos grupos de los años 60 y 70 que tenían, al menos en apariencia, este sentido religioso natural? Están todos agarrados al poder, bien colocados, defendiendo su interés particular (el “ídolo”). ¿Y por qué estamos aquí nosotros? Sólo por un factor de la realidad, un factor humano que se llama don Giussani. Sin una presencia histórica, real, seríamos como todos. Esto también lo reconocen los demás. Si no nos sostuviera siempre una presencia real caeríamos en la misma dinámica que los demás. Por eso, pidamos al Espíritu Santo que mantenga vivo entre nosotros el carisma que nos ha fascinado: es la única posibilidad de no sucumbir; de otro modo la decadencia llegará pronto.

Intervención. «La irreductibilidad de la persona en función del reino de Dios»⁷³. ¿Qué implica esta afirmación a la hora de trabajar o ser responsable de una obra?

Carrón. Gracias por tu pregunta. En este momento es fundamental para nosotros profundizar en lo que son las obras.

Lo primero es que una obra –como explicó don Giussani– es expresión de un yo. Nace de alguien que dice “yo” y que, viendo una necesidad, la asume y comienza a trabajar para resolverla. Una obra es la respuesta a una necesidad que aparece en el horizonte de nuestra vida.

Nos damos cuenta rápidamente de cuál es la naturaleza del yo que construye una obra al ver cómo concibe la necesidad a la que trata de responder. Aquí empieza a verse la diferencia. En principio, todas las obras quieren responder a una necesidad. ¿Dónde está la diferencia? Está en el modo de concebir qué naturaleza tiene cualquier necesidad.

En este punto se ve la originalidad absoluta de Jesús. Él realizó una obra; veía la necesidad de los hombres, tuvo piedad de nuestra nada y empezó a construir su obra. «Tuvo compasión porque estaban perdidos como ovejas sin pastor»⁷⁴. ¿Y a qué necesidad dio respuesta? Estaban enfermos, tenían hambre, miedo, necesidad de perdón. Cuando respondía a todo esto, Él entendió, fue consciente –por lo que ya hemos dicho estos días, por Su conciencia del misterio del yo– de que no bastaba con responder al hambre. Su originalidad, lo distinto de Su obra ha sido que no ha intentado responder al hambre, sino a otro tipo de hambre, porque «no sólo de pan vive el hombre»⁷⁵. Por eso, tras haber respondido primero a la necesidad del hambre material, les habló de la Eucaristía. Él sabía cuál era la auténtica necesidad del hombre.

Hace falta un yo que no reduzca la necesidad, la respuesta a la necesidad, cuando realiza una obra. Podemos ver qué percepción tenemos del Misterio, el alcance de nuestra familiaridad con el contenido de los Ejercicios, por el modo como respondemos a la necesidad, por la forma de generar obras. Los Ejercicios no son el aspecto espiritual y el práctico las obras, como solemos pensar (primero viene la Teología y después respondo a la necesidad concreta): este es el dualismo que se nos cuela hasta la médula. No debemos reducir la necesidad. Pero para no reducir la necesidad, para no reducir al otro cuando lo miro, hace

falta que no me reduzcan a mí, que no se reduzca mi yo. Si me percato de cuál es mi necesidad no seré tan ingenuo de pensar que, respondiendo parcialmente a la necesidad del otro, respondo a su verdadera necesidad.

Tenemos que estar muy atentos, porque ahora podemos ser fantásticos haciendo proyectos, hemos aprendido muy bien. AVSI, por poner un ejemplo de obra, puede ser estupenda haciendo proyectos, pero, como la necesidad es infinita, puede tener la presunción de responder a esa necesidad infinita. En esto se descubre cuál es la naturaleza de la obra que queremos emprender. Puede suceder, por ejemplo, que obtengamos los recursos necesarios para realizar los proyectos, pero que no tengamos las personas. Entonces, cuando llega el proyecto a sus destinatarios, no estamos allí, no está el sujeto que tiene la mirada de la que hemos hablado. ¡Entonces haremos una ONG como las otras! ¿Es lo que queremos? A mí no me interesa. AVSI es AVSI, en el ámbito internacional, ante el Banco Mundial, los organismos internacionales, etc, justo porque es distinta. Si queremos seguir siéndolo, hemos de obedecer al Misterio. Si sólo podemos hacer cinco proyectos porque sólo hay cinco personas que los puedan realizar tal y como lo entendemos nosotros, hay que obedecer a este dato. Si el Misterio quiere darnos cien mil personas para llevar a cabo cien mil proyectos, pues haremos cien mil; pero mientras tengamos solo cinco, haremos cinco; si no seríamos unos presuntuosos que creen poder responder a la necesidad por el hecho de acometer proyectos cada vez mayores.

Jesús no curó a todos los enfermos de su tiempo: curó a algunos como ejemplo para que los hombres entendieran que había Uno que se interesaba por su vida, que respondía a su necesidad total. No nos podemos dejar chantajear por las necesidades: si el Misterio quiere que respondamos a más necesidades, nos dará más personas. Lo primero es que se genere el sujeto que lleva a cabo las obras.

La obra, para nosotros, es un ejemplo. He llegado a percibirlo visitando nuestras comunidades y viendo nuestras obras. Me hubiera gustado que todos hubierais sido testigos de lo que he visto yo en el *Meeting Point* de Rose, en Uganda. Ese es el tipo de obra que me gustaría, que me entusiasma. Rose, como os podéis imaginar, no puede responder al problema del SIDA en Uganda (es infinito, por lo cual no se puede agotar), pero puede llevar la esperanza a todas las mujeres con las que ha trabado

una relación y a las que cuida. Me gustaría que hubieseis visto a una de estas mujeres con SIDA, que nos ha conocido: ha adquirido una dignidad y una conciencia de sí de la que carecemos nosotros sin tener el SIDA, porque lo que determina su autoconciencia no es la enfermedad. Ella misma lo decía: «Lo que determina mi modo de vivir no es la enfermedad, sino lo que me ha sucedido». Para que ocurra algo así no basta una ONG cualquiera, es necesario un sujeto que, respondiendo al problema del SIDA, transmita la esperanza de que existe respuesta a la necesidad humana total. Esto es una obra. Por eso no debemos caer en la trampa de correr detrás de todos los problemas: hay que estar disponibles para responder a todo lo que podamos, pero sin perder nuestra originalidad, que consiste en que, al responder a la necesidad, nos ofrecemos personalmente, como un “yo” determinado por la fe, y en que seamos portadores de la mirada con la que nos han mirado. Sin ello no logramos realizar una obra tal y como he descrito. Hay muchas obras, pero no todas son iguales. De hecho, uno se sorprende cuando encuentra ciertas personas, se sorprende de que una obra llegue a responder a su profunda necesidad humana. Es un verdadero reto.

Intervención. Hay algo que has dicho varias veces y que no logro asociar a mi experiencia. Dices que nos defendemos de la belleza y no del sacrificio; que nos resistimos a la belleza. No lo comprendo bien. Que me resista al sacrificio, lo entiendo; que no vea la belleza, también lo comprendo; pero que nos resistamos a la belleza no lo entiendo. ¿Por qué dices que nos hiere la belleza?

Carrón. Es algo realmente misterioso, nos parece tan irracional que no lo comprendemos. Que uno pueda ver, como los fariseos, una belleza, una ternura como la de Cristo, una mirada como la suya, y que se resista, es algo que no entendemos, es misterioso. Nos cuesta entenderlo, pero no por ello deja de suceder.

Ya os conté ayer lo de mi alumno que ante la palabra “Evangelios” dejó salir toda la sospecha que tenía dentro. En aquella ocasión tuvimos un diálogo: «Entonces, según tú, –le pregunté– ¿es la sospecha la actitud más adecuada ante la realidad?». «Claro, evidente». «Así pues –le contesté– cuando tu madre te ha puesto esta mañana la taza de café, has dicho: hasta que no lo analice no lo bebo». El chico se quedó pasmado ante esta jugada. Todavía recuerdo su expresión: «¡Pero si llevo dieciséis

años viviendo con ella!», como si le hubiera ofendido. Y le dije: «¡Ah, entonces hay ocasiones en las que la sospecha no es razonable! ¿Dónde está la diferencia entre la forma de ponerte ante la taza de café y ante la palabra “Evangelios”? En el caso de la taza de café, cuentas con dieciséis años de convivencia con tu madre, por lo que no es razonable la sospecha; en el caso de los Evangelios, no has convivido ni un solo minuto con un hecho que te permita vencer la sospecha».

Pero lo más sorprendente fue lo que ocurrió dos semanas después. Estaba yo leyendo en clase una página del Evangelio para entender qué les sucedía a quienes pasaban el día con Jesús. Hablaba de los milagros, de cuando Jesús iba a la sinagoga, de la curación de la suegra de Pedro, de cómo curaba a mucha gente. Quería introducir esa página en la que don Giussani decía que las personas que estaban cerca de Jesús días, semanas o meses, veían todas estas cosas. Hubo un momento en que me dirigí a la clase y pregunté: «¿Y si hubierais estado vosotros entre ellos?» El chico de antes respondió: «Habría tenido cuidado, habría estado atento para no dejarme atrapar». ¡Uno puede decidir antes el resultado de la batalla! Se lo había escuchado a don Giussani, pero no pensaba que me lo iba a encontrar delante de mis narices. Como os lo digo. Y uno se pregunta: ¿Cómo es posible resistirse a la belleza? ¡Parece tan irracional! Solo nos podemos resistir por un odio diabólico, por así decirlo, hacia uno mismo. Pero de esto tenemos experiencia, no es que seamos pobres ignorantes que desconocen esta resistencia.

Ahora bien, cuando nos rendimos a la belleza, no nos importa el sacrificio. Cuando a uno le gusta el fútbol, no se resiste; da igual que llueva, nieve o echen el partido por la tele: «¿Adónde vas? ¿No ves que está lloviendo?». «¿Pero qué dices? ¡No es lo mismo que ir al estadio!». El sacrificio no es un problema [no cuenta] ante la verdadera belleza. ¿Cuándo comienza a vencer el sacrificio? Cuando falta el amor, la pasión. A una esposa que lleva dentro esta pasión por la persona amada no le cuesta hacer todo en la casa. Ni siquiera le parece un sacrificio; lo hace, literalmente lo hace, pero no lo percibe como tal. ¿Cuándo se convierte en enemigo el sacrificio, cuándo se vuelve una carga? Cuando falta el amor. Entonces empiezas a echarle al otro en cara todo lo que hace; no por lo que hace, sino porque falta el amor. El problema no es el sacrificio, es que le falta el amor: Marta y María.

Intervención. A veces parece que el movimiento no es un reclamo continuo (por las limitaciones del otro, de la comunidad, de los gestos, etc.). Por eso a veces dudamos del movimiento y de nosotros mismos. ¿Nos ayudas a entender que el movimiento es siempre este reclamo continuo, a pesar de todos los límites?

Carrón. Conviene que leamos de nuevo el capítulo anterior al que hemos trabajado ayer en la lección: «El factor humano»⁷⁶. Tenemos que leerlo pensando en esta pregunta. El desafío apasionante que nos lanza don Giussani en ese capítulo es: «Juzga si todas las limitaciones que ves en la comunidad son tales que no pueda atraerte, es decir, aportarte un bien». Todos hemos tenido el encuentro a través de personas llenas de limitaciones y no han sido un problema: lo que llevaban en sí sobrepasaba sus limitaciones. Si no fuera así, Cristo habría elegido un método defectuoso en su naturaleza. Pero lo que quizá nos escandaliza no es que la comunidad tenga limitaciones, sino más bien este método que Dios ha escogido: servirse de algunos hombres como camino para llegar a otros hombres, escoger a algunos para llegar por ellos a otros. En el fondo consideramos equivocado este método. Debemos decidir: ¿es erróneo o no? ¿Es verdad que mi comunidad, sea la que sea, está tan determinada por las limitaciones que no tiene nada que me atraiga o me aporte el bien que busco? Si no vamos hasta el fondo, como nos ha enseñado don Giussani, hasta descubrir el oro en el fango, estaremos siempre bloqueados por las limitaciones de los demás, que no son más que una excusa para defendernos de lo que tenemos delante.

Siempre pongo este ejemplo: si una persona que queréis mucho tiene una enfermedad muy grave y el único especialista que la puede curar es un médico odioso y despreciable, seguro que estaréis contentos de que exista un médico, por muy odioso que sea, que cure la enfermedad de quien amáis. ¿Es verdad? ¡Decídmelo! Miremos las cosas a la cara. La antipatía no es un problema. Si siguiéramos insistiendo en que lo es significaría que no queremos a esa persona y que no deseamos el bien que puede hacerle el médico, que seguirá siendo odioso. Esto lo entiende muy bien la gente sencilla y está agradecida. No le agradece al médico que sea odioso, sino que haya podido curar, y cuando llega Navidad le regala un jamón (uno de “pata negra”). La gente de mi pueblo lo hace. Y no son místicos, no son super-spirituales: deben ser hombres pegados a la realidad, al bien

que tienen delante, incluso si este bien está envuelto en un papel feo. Tenemos que ver si dentro de este envoltorio sucio está el oro o no. Y si no nos decidimos a ir hasta el fondo de una vez, si no nos liberamos de la objeción, siempre estaremos bloqueados. Pero, atentos, como dice don Giussani, esta situación revela cuál es mi deseo de verdad, mi posición, lo que quiero; lo mismo que en el caso del médico odioso se ve si deseo que la persona se cure o no.

Intervención. Me han educado para pensar que Cristo estaba lejos de mi humanidad y, con ello, ajeno a mi pecado. La imagen que tenía de Él era la de Alguien encerrado en un castillo rodeado de un foso cuyo puente levadizo no se puede abrir desde fuera; yo no sé cómo entrar. En algunos momentos se baja el puente levadizo y me pregunto: ¿Me tocará a mí esta vez? Entonces intento entrar corriendo, pero veo que siempre hay alguien más santo que yo que me adelanta.

Carrón. ¡Hay gloria para todos!

Intervención. ¡Por eso me escondo entre los matorrales! Más allá de la imagen, te pregunto: ¿debo ser digno de Cristo? ¿Cómo superar la certeza absoluta de que mi debilidad me hará siempre caer? ¿Qué puedo hacer para superar la sensación de que Él es intocable?

Carrón: Por desgracia lo que muchas veces llamamos cristianismo no es más que una reducción de éste a ética. Por eso creemos que Cristo está lejos de nosotros que somos pobres, pecadores. Bastaría con leer una frase de san Pablo para entender hasta qué punto nos equivocamos: «Cuando éramos pecadores, Cristo murió por nosotros»⁷⁷. El “antes” del que os he hablado es decisivo: ningún pecado impidió a Cristo hacerse hombre por nosotros, morir en la cruz y perdonar todas nuestras faltas. Como decía san Agustín en la frase que os he leído⁷⁸, no nos amó después: nos amaba antes de que todo empezara. Por eso es falso que Cristo esté lejos de nosotros. Sabemos que nunca seremos dignos; y Él nos ama de antemano; ¡esto es lo que de verdad nos sorprende! Y “nos cuesta Dios y ayuda” entenderlo porque, siendo de países cristianos, nos han educado en esta mentalidad que reduce el cristianismo.

Nos cuesta igual que les costó a los primeros al comienzo. La misericordia que Jesús introduce en la historia es tan inconcebible que a los hombres les parece injusta, como demuestra la parábola del hijo pródigo⁷⁹. Esa misericordia suscita la protesta del hijo que se había quedado: no es posible que el padre tenga tanta ternura, tanto amor por ese hijo que se ha marchado de casa. En las parábolas de la misericordia, al comienzo del Evangelio de Lucas, Jesús responde a los que le acusaban de andar con publicanos y pecadores. Estas parábolas son una forma de defender Su manera de tratar a los pecadores. Se había suscitado tal rechazo que tuvo que defender su manera de actuar. Es como si hubiera dicho: «Dejadlo ya, yo hago esto con los pecadores y publicanos porque es lo que Dios hace con ellos: acepto a los que vosotros habéis arrinconado casi de por vida por la existencia que han llevado. A los que obráis así os escandaliza mi comportamiento con ellos». Jesús se ha visto obligado a defender su posición. En esas parábolas defiende su manera de comportarse. Pero Jesús dice: «Bienaventurado quien no se escandalice de mí, de mi modo de abrazarlo todo»⁸⁰. Es tan distinto que nos parece escandaloso. ¡No es posible! Nos parece injusto.

No tenemos que angustiarnos por nuestra debilidad, porque siempre vamos a caer. Él socorre nuestra incapacidad, es cosa suya rescatarnos, es Él quien tiene la “pretensión” de ser misericordioso. A nosotros nos toca rendirnos a Su Presencia cuando nos sale al encuentro, sea cual sea nuestra condición existencial, nuestra debilidad, nuestro mal. Así nos liberaremos de preocupaciones inútiles. Lo único necesario es ceder a la ternura de Cristo que sale a mi encuentro. ¡He aquí la verdadera moralidad! Jesús ha introducido en el mundo una moralidad nueva, un concepto moral distinto. La moralidad es esta apertura, que puede darse –como resquicio del alma– en los que están sepultados por sus pecados, como los publicanos, y no darse en los que pretenden ser coherentes, como los fariseos. Atención, nadie asegura que ser más coherente favorezca más ser cristianos. No está dicho; siempre habrá algún fariseo evangélico para hacérselo comprender.

Miércoles por la mañana
29 de agosto de 2007

SÍNTESIS

Julián Carrón

¿Quién eres Tú, oh Cristo, que una vez más has tenido piedad de nuestra nada, has tomado la iniciativa con cada uno de nosotros y te has hecho presente en medio de nosotros con todo Tu poder? Podríamos estar perdidos como todos; podríamos haber llegado aquí y podría no haber sucedido nada. No es obvio lo que ha pasado estos días. Es un acontecimiento lo que ha sucedido; un acontecimiento que sucede ahora. A diferencia de tantas personas que viven en la confusión más absoluta, nosotros hemos tenido la gracia impagable de contemplar de nuevo un acontecimiento que muestra la preferencia única del Misterio por cada uno de nosotros.

Ha sido impresionante –si no nos ha vencido la distracción– rezar hace un momento el salmo de los Laudes: «Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. [no en el pasado, ¡lo hace hoy!] Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará; de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar». Sólo el Señor, con Su poder, relanza la partida, liberándonos de los ídolos que inexorablemente nos atraparían si Él no siguiera manifestándose en medio de nosotros. Cuando esto sucede, como hemos visto, algo radicalmente nuevo penetra en lo más íntimo de nuestro ser. Estas no son simples frases: «Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo». Todos podemos mirar la novedad que ha entrado en nuestra vida en estos días. «Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra»: aunque hayamos llegado

aquí con un corazón de piedra, volvemos a casa con un corazón de carne —«y os daré un corazón de carne»—, conmovido por lo que hemos vuelto a ver. «Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos». ¡Qué distinto es rezar el salmo comprendiendo que habla de algo que sucede ahora y no en el pasado! Y, cuando sucede, he aquí la consecuencia: «Habitareis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios»⁸¹. Dios entra en la historia, en nuestra vida, y se hace presente ante nuestros ojos, nos atrae, nos reúne, nos saca del sepulcro, nos libra de los ídolos, y nos hace “uno”, un pueblo. Si no diéramos todo por supuesto, ¡qué asombro nos embargaría!

El “antes” del que hemos hablado estos días sucede de nuevo. Pensemos tan sólo en lo que ha pasado hoy, hasta este momento, si no hemos sucumbido a la distracción. El Misterio ha seguido tomando la iniciativa, como lo ha experimentado quien al escuchar la música se ha percibido abrazado por Él (la música que escuchamos no es un entretenimiento; es, una vez más, la iniciativa del Misterio hacia nosotros), o quien ha tenido la gracia de rezar el *Angelus* como la primera vez, más aún, más conmovido aún que la primera vez, porque aquel mismo acontecimiento inicial sigue ocurriendo ahora, porque frente a todo nuestro mal, errores, distracciones, como dice el Salmo frente a «nuestras inmundicias», Él no se cansa de tomar la iniciativa; al igual que lo hace con los Laudes o el canto que acabamos de escuchar.

Estos días hemos participado en un “gesto”, en un momento significativo y ahora debemos mirar la experiencia que hemos tenido. No somos una empresa que se dedica a dar cursos, eso no bastaría jamás para generar un pueblo. De entre las muchas notas que me han llegado, quiero leer una que ha escrito una chica tras la asamblea de ayer: «¡Es impresionante! Estoy tan conmovida que se me saltan las lágrimas y me embarga el silencio». Una persona de los primeros años del movimiento con quien me paré a hablar, me dijo conmovida ayer entre una charla y otra: «La misma experiencia de los viejos tiempos, tal cual». Y ante el acontecimiento que sucede de nuevo, se replantea también el drama: cada cual sabe si se ha rendido o si ha resistido ante la belleza. No os invito a meditar en abstracto sobre la resistencia o la belleza; puesto que nadie puede permanecer neutral ante un acontecimiento, os invito a mirar si

habéis cedido u os habéis resistido a lo que ha pasado en estos días. Y eso se ve en la cara. El drama que se libra en cada uno de nosotros se ve en nuestra cara. Nosotros también podemos decir como el chico del que os hablé ayer: «No soy un ingenuo; cuidaría de no dejarme atrapar». Podemos haber dicho lo mismo también nosotros aquí, tal cual.

«Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos creedlo por las obras»⁸². Sus obras dan testimonio de Él, hacen presente al Misterio. Tenemos, pues, que ver si en estos días hemos experimentado la religiosidad; no si sabemos qué es, sino si la hemos experimentado, porque de gente que sabe teorías están llenas las sepulturas («Conocía perfectamente la teoría», reza el epitafio). Basta con pensar cuántas veces nos hemos sorprendido diciendo: «Tú» y tendremos la prueba de lo que nos ha ocurrido. La clave no es si hemos participado en los Laudes o en la asamblea; uno puede haber estado en Misa, Laudes y *Angelus*, haber estado todo el día escuchando cosas grandes y verdaderas y no haber dicho: «Tú» al Misterio, es decir, no haber llegado al reconocimiento conmovido de Su Presencia.

Me escribe uno de vosotros: «¡Qué impresión he tenido hoy al reconocerLe a través de estos corazones “conquistados” de toda raza y nación. Él estaba actuando con más fuerza que cualquier dificultad». La mirada sencilla ve al Señor obrando; las obras que realiza facilitan el reconocimiento de su Presencia. Estos días no se reducen a una charla más; han sido una verificación, un gesto en el que hemos experimentado el drama que día a día se repropone en nuestra vida. No estamos aquí para aprender una teoría que poner en práctica al regresar a casa, sino para experimentar lo que afirmamos.

Por eso la lección se ha centrado en el capítulo de *Por qué la Iglesia*⁸³. La asamblea del primer día puso de manifiesto que no basta con tener clara una propuesta para hacerla nuestra, para que llegue a formar parte de nuestra mirada, para que nuestra manera de relacionarnos con la realidad llegue hasta el reconocimiento del Misterio. Hemos visto cómo nos cuesta reconocer al Misterio en la realidad, lo hemos visto con nuestros propios ojos, lo hemos comprobado en primera persona, hemos percibido qué lucha supone. Será necesario volver sobre las asambleas para asimilar lo que en ellas hemos visto, porque allí quedó claro que sin una continua solicitud (como os dije en la lección) y sin la necesaria corrección el contenido de los Ejercicios nunca

llegará a ser nuestro: hace falta un lugar donde ser educados y acompañados a reconocer al Misterio, donde todos podamos experimentar el efecto de una Presencia buena que facilita nuestro reconocimiento.

El Misterio entró en la historia como un factor de la realidad para que fuera posible alcanzar la familiaridad con Él. Existía ya, no empezó a existir cuando entró en la historia. Entonces, ¿por qué se convirtió en un factor de la realidad, en un factor histórico? Porque si no lo hubiera hecho, el Misterio –que ya existía, puesto que los hombres y el mundo existían– seguiría lejano para nosotros. Lo mismo pasa hoy, tal cual. Si el Misterio no entra en la historia como un factor de la realidad no podemos tener familiaridad con Él, no podemos ser educados en el sentido religioso. Necesitamos una presencia histórica que nos acompañe, que nos lleve a reconocer al Misterio, que luche en nuestro favor contra cualquier reducción o intento de quedarnos en las apariencias o de sustituir al Misterio por un ídolo cualquiera.

Hacen falta presencias que faciliten este reconocimiento. Sólo quien se deja acompañar y generar así por Otro podrá acompañar y generar a los demás: «Nadie genera si no es generado»⁸⁴. Sólo así podremos salir del dilema, que nos hace entrar en barrena, entre sustituir y apartarnos: bien sustituimos al otro y suplantamos su libertad o bien, como no sabemos actuar de otra manera, nos retiramos y le dejamos solo. Para no sustituirle no encontramos otra salida que dejarle solo. El Misterio tuvo más luces que nosotros: introdujo una presencia concreta que, al hacer presente todo su poder, hace que yo pueda emerger y levantarme. Sin ello no existiría un yo con personalidad. Hacen falta presencias. Sólo si nos dejamos generar nosotros –que somos los responsables del movimiento– podremos acompañar a los demás. Lo primero, pues, es reconocer que necesitamos ser generados. Para poder generar es preciso aceptar que estamos necesitados.

Podemos generar, guiar y acompañar a los demás sólo si tenemos el coraje de reconocer al Misterio que nos sale al encuentro en la realidad mediante un signo. No debemos dar a otros instrucciones de uso; debemos asumir el riesgo, tener la audacia de guiar a los demás secundando los signos de la presencia de Dios y acompañarles en el camino que va del signo hasta el Misterio. En esto consiste educar: no en analizar la realidad, sino en introducir en ella; e introducir en la realidad es introducirse en su misterio, es penetrar en el corazón de lo real, en su misterio último.

Puede educar sólo quien está dispuesto a seguir el signo hasta reconocer el Misterio. Da vértigo educar. No te educa el que te explica la vida como «mirando los toros desde la barrera» y te da instrucciones de uso, sino quien vive siguiendo al Misterio que se hace presente en la realidad; alguien que vive así te puede introducir en la realidad, porque él mismo sigue al Misterio en el signo. Esta es la función educativa de la Iglesia, en continuidad con la función educativa de Cristo: educar en el sentido religioso, en la religiosidad verdadera, es decir, educar a entrar en la realidad hasta descubrir su origen, hasta llegar al Misterio. Sólo educa quien vive esta religiosidad, quien toca el corazón de la realidad, quien nos lleva hasta el fondo de lo que aparece, quien llega hasta el «Tú». Sólo quien vive así educa, o lo que es lo mismo, hace que aflore la personalidad del otro. Porque el yo no aflora aplicando instrucciones, aflora sólo ante el Misterio. ¿Quién puede fascinarnos hasta cautivar todo nuestro yo si no es el Misterio? ¿Quién nos corresponde plenamente si no es Él? Si nadie me acompaña y me remite constantemente a la relación con el Misterio, no aflora mi yo. Por esta razón no educamos cuando sustituimos al otro: formamos soldaditos, que es lo que producen las órdenes y las instrucciones, pero no hacemos crecer personalidades. Sólo el Misterio puede evocar plenamente el yo.

Así pues, no acompañamos a otra persona haciendo de mediadores entre ella y el Misterio. El mediador quiere librarte del vértigo que supone la relación con el Misterio («No te preocupes, yo lo hago por ti», «¡No!, gracias»); cree tener hilo directo con el Misterio y saber lo que Él quiere de ti. ¡No! El yo es relación directa con el Misterio. Parece poco esto que dice don Giussani, pero es decisivo. El mediador cree saber qué te reserva el Misterio. Pero te ahorra la relación con el Misterio, te toma el pelo; intenta ejercer un poder sobre ti. Existe un sólo mediador: Jesucristo. ¿Qué significado tiene la figura de Cristo? Él es el único mediador porque ha vivido en primera persona la relación con el Misterio, con el Padre, y cuando alguien trató de apartarle de esa relación, como hizo Pedro, le mandó al diablo: «Aléjate de mí»⁸⁵. Cristo no instruyó a los discípulos simplemente explicando cosas; les educó viviendo todo en primera persona, hasta su entrega en la Cruz, hasta el instante supremo vivió Su relación única y personal con el misterio del Padre. Su problema no fue organizar la Iglesia, sino hacer la voluntad del Padre, y así nació la Iglesia, generó un pueblo y nos genera a nosotros.

Nuestro problema no es gestionar y organizar al pueblo de CL, ¡es vivir! Sólo quien vive en primera persona puede generar un pueblo, ser una ayuda para las personas en su relación directa con el Misterio, porque remite al otro a su relación con Dios. Don Giussani solía decir algo que jamás se me olvidará: «Jesús no vinculaba a las personas a sí mismo, sino al Padre». Y lo mismo dijo, paradójicamente, el Papa de don Giussani en su funeral: «No vinculaba a los demás a sí mismo sino a Cristo y, por ello, ha generado un pueblo». Hemos conocido la presencia viva de Cristo hoy a través de don Giussani, quien vivió intensamente su relación con el Misterio y nos educó con tenacidad a no tener otra meta en la vida.

Nosotros podremos generar – imitando a Cristo, aprendiendo de don Giussani– en la medida en que seamos los primeros en seguir y, por ello, seamos ayudados a reconocer el Misterio que actúa. El método es seguir a otro que sigue, mirar a otro que mira, reconocer entre nosotros a las personas que viven así, que el Señor nos da para facilitar nuestro camino, para ayudarnos y educarnos en la religiosidad, aunque sean personas desconocidas o el último que ha llegado. No es un problema de roles, sino de ser verdaderos, porque sólo nos educan quienes viven una relación auténtica con la realidad.

Ahora bien, puesto que Cristo es «el signo de los signos» y nos introduce en el corazón de la realidad, todo –en la relación con Él– adquiere el valor de signo, se puede comprender por lo que es: un signo. Parafraseando a Guardini, podríamos decir que en la historia de un gran amor todo adquiere valor de signo⁸⁶. Por eso toda circunstancia es un signo mediante el cual el Misterio me alcanza, me llama, me convoca. Somos todos como el joven médico de Harvard, estamos solos ante el Misterio que nos llama a través de la circunstancia que nos toca. A nadie se le puede ahorrar esto, aunque esté rodeado de amigos. De hecho, podemos haber estado aquí estos días sin haber dicho «Tú» a Cristo, al rostro del Misterio. Nada nos evita el drama de este reconocimiento: incluso en el lugar donde más fácil resulta, nadie puede sustituirme cuando tengo que decir: «Tú». Cristo puede allanarme el camino, mostrarse con todo Su esplendor y poderío, con todo el atractivo de Su belleza, pero no puede evitarnos tener que decir: «Tú». En esto somos todos iguales, por diferente que sea la circunstancia en que nos hallemos.

Vivir una auténtica religiosidad es lo único que crea verdadera amistad, porque la amistad coincide con caminar juntos hacia el Destino, hacia el Misterio. Esta es la verdadera amistad, la única que permanece; el resto son relaciones de conveniencia. Todas las otras relaciones, al margen de esta, son políticas. Tenemos que decidir: ¿queremos establecer relaciones políticas entre nosotros o ser amigos de verdad? ¿Queremos perder el tiempo o acompañarnos hacia el destino?

Todos sabemos cuáles son los instrumentos que en esta historia el Señor nos ofrece para educarnos. Pero, atención, la Escuela de comunidad –que es el instrumento prioritario– no llega a ser nuestra porque tengamos el libro debajo del brazo o en la mesita de noche, o porque estemos inscritos en la secretaría; se hace nuestra si se convierte en compañía que nos introduce en la realidad. La Escuela de comunidad forma parte de esa realidad que viene “antes”, de la compañía que el Misterio hace a mi vida. Y no verifico lo que dice pensando, sino viviendo en la realidad. La Escuela de comunidad es para vivir, no para hacer discursos sobre ella; no se me da para inspirar mis pensamientos, sino para introducirme en la realidad. Los textos de la Escuela de comunidad nos transmiten la experiencia de una persona que vivió lo que decimos, y por eso nos introduce en la realidad. Y cuanto más lo verifico, más me fascina esta historia que me ha cautivado, y más agradecido estoy de haber encontrado un camino así, un hombre así. Por ello, uno deja también un espacio de silencio a la Escuela de comunidad, le dedica un tiempo. Si no tenéis tiempo para hacerlo, preguntaos dónde está vuestro corazón. Lo que estoy diciendo vale lo mismo para la caritativa, como gesto que nos introduce en el misterio del Ser, que es caridad.

El curso que tenemos por delante se nos da para poder ver a Cristo que actúa, si es que estamos dispuestos a reconocerle. Pidamos juntos a la Virgen que nos conceda esta disponibilidad. «El responsable –dice don Giussani en el libro *Ciertos de algunas grandes cosas*– es el hombre más obediente que existe»⁸⁷. «Traicionamos a nuestros amigos si no vivimos *nosotros, aquí*, lo que hemos dicho»: «nos iremos de aquí como responsables, pero con una responsabilidad menguada»⁸⁸. Pidamos a la Virgen la disponibilidad para seguir al Misterio a través de la modalidad con la que nos llama.

Notas

¹ Jacopone de Todi, «Como l'anima se lamenta con Dio de la carità superardente in lei infusa», Lauda XC, in *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313.

² L. Giussani, «En el ancho mar de la vida cotidiana, una continua novedad», en *Huellas*, nº 6, Junio de 2007, p.5.

³ *Mt* 10, 30.

⁴ *I Jn*, 4, 19.

⁵ *Ef* 1, 3-4.

⁶ *Ef* 1, 18-19.

⁷ San Agustín, *Comentario al Evangelio de San Juan*, Homilía 110,6.

⁸ L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, BUR, Milán 2007, p. 9.

⁹ L. Giussani «En el ancho mar de la vida cotidiana, una continua novedad», en *Huellas*, nº 6, o.c. p. 1.

¹⁰ *Ibidem*, p. 5.

¹¹ *Mt* 9, 36.

¹² Cf. «*Cristo me atrae por entero, tal es su hermosura*», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Rimini, mayo de 2007.

¹³ *Mt* 11, 3-6.

¹⁴ Saturnino, *De diis et mundo*, 2, 1.

¹⁵ A. Mascagni, *Il mio volto*, en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, pág. 356.

¹⁶ L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, op. cit , pág 220.

¹⁷ L. Giussani, *Orígenes de la pretensión cristiana*, Madrid, Encuentro, 2001 , pág. 116.

¹⁸ Cf. «*Cristo me atrae por entero, tal es Su hermosura*», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, op. cit pág 8.

¹⁹ L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, op. cit , pág 394.

²⁰ *Ibidem*, pág. 395.

²¹ Cf. «*Cristo me atrae por entero, tal es Su hermosura*», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, op. cit pág 53.

²² L. Jacopone da Todi, «Como l'anima se lamenta con Dios de la carità superardente in Lei infusa», Lauda XC, en *Le Laude*, po. Cit, pág. 313.

²³ «*Cristo me atrae por entero, tal es Su hermosura*», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, op. cit pág 53.

²⁴ A. Mascagni, *Il mio volto*, en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, pág. 356.

²⁵ *Mt* 10, 30.

²⁶ Cf. *Jer* 31, 3.

²⁷ Cf. *Lc* 1, 48.

²⁸ L. Giussani, *Orígenes de la pretensión cristiana*, Madrid, Encuentro, 2001 , pág. 116.

²⁹ Cf. *Mt* 10, 30.

³⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 1, art. 1.

³¹ A. Mascagni, *Il mio volto*, en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, pág. 356.

³² Cf. *Mc* 8, 36; *Lc* 9, 25.

³³ *Jn* 6, 67.

³⁴ L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», en *Huellas*, nº2, febrero de 2007, p. 2.

³⁵ *Mt* 10, 30.

³⁶ Cf. L. Giussani, «Cómo se despiertan las preguntas últimas. Itinerario del sentido religioso», en *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid, 1998, p. 145-157.

³⁷ Cf. «*Cristo me atrae por entero, tal es Su hermosura*», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, o. c., p. 33.

³⁸ *I Co* 13, 3.

³⁹ Séneca, *De beneficiis*, VI, 3.

⁴⁰ *Gen* 18, 1-8.

- ⁴¹ Lc 10, 38-42.
- ⁴² L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Madrid, Encuentro, 2001, p. 116.
- ⁴³ Mt 28, 20.
- ⁴⁴ Cf. L. Giussani, «Una misión de la Iglesia con el hombre terrenal», en *Por qué la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2004, pp. 190-208.
- ⁴⁵ *Ibidem*, pp. 190-191.
- ⁴⁶ *Ibidem*, p. 191.
- ⁴⁷ *Ibidem*, p. 192.
- ⁴⁸ *Ibidem*, p. 192.
- ⁴⁹ Benedicto XVI «Deus caritas est». Introducción, I.
- ⁵⁰ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, o. c., p.197.
- ⁵¹ *Ibidem*, p. 192.
- ⁵² L. Giussani, «La concepción que Jesús tiene de la vida», en *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001, pp. 99-122.
- ⁵³ *Ibidem*.
- ⁵⁴ Cf. *Ibidem*, p. 198.
- ⁵⁵ *Ibidem*, p. 200.
- ⁵⁶ *Ibidem*, p. 196.
- ⁵⁷ *Ibidem*, p. 196.
- ⁵⁸ Mc 10, 29-30.
- ⁵⁹ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, o. c., p. 197.
- ⁶⁰ *Ibidem*, pp. 197-198.
- ⁶¹ *Ibidem*, p. 198.
- ⁶² *Ibidem*, pp. 198-199.
- ⁶³ *Ibidem*, p. 199.
- ⁶⁴ *Ibidem*, p. 200.
- ⁶⁵ Lc 12, 13-15.
- ⁶⁶ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, o. c., pp. 201-202.
- ⁶⁷ *Ibidem*, p. 203.
- ⁶⁸ *Ibidem*, p. 204.
- ⁶⁹ *Ibidem*, p. 208.
- ⁷⁰ L. Giussani, «Carisma e historia», en *Huellas*, nº 2, febrero de 2001, p. 2.
- ⁷¹ R. Guardini, *La esencia del cristianismo*, Ediciones Cristiandad, S.L., 2006.
- ⁷² Col 2, 17.
- ⁷³ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, o. c., p. 191.
- ⁷⁴ Mt 9, 36; Mc 6, 34.
- ⁷⁵ Mt 4, 4; Lc 4, 4.
- ⁷⁶ Cf. L. Giussani, «El factor humano», in *Por qué la Iglesia*, o. c., pp. 159-189.
- ⁷⁷ Cf. Rm 5, 6.
- ⁷⁸ Ver nota 7.
- ⁷⁹ Cf. Lc 15, 11-32.
- ⁸⁰ Cf. Mt 11, 6; Lc 7, 23.
- ⁸¹ Ez 36, 24-28.
- ⁸² Jn 14-11.
- ⁸³ Cf. L. Giussani, «Una misión de la Iglesia con el hombre terrenal», en *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, pp. 190-208.
- ⁸⁴ Cf. L. Giussani, «Nadie genera si no es generado», en *Huellas*, junio de 1997, p. IV.
- ⁸⁵ Mt. 16, 23; Mc 8, 33.
- ⁸⁶ Cf. R. Guardini, *La esencia del cristianismo*, Ediciones Cristiandad, S.L., Madrid 2006.
- ⁸⁷ L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose*, o. c.
- ⁸⁸ *Ivi*.

Índice

Presentación	3
<hr/>	
Introducción	5
<hr/>	
Asamblea domingo por la mañana	11
<hr/>	
Asamblea domingo por la tarde	33
<hr/>	
Lección lunes por la mañana	45
<hr/>	
Asamblea martes por la tarde	58
<hr/>	
Síntesis	73
<hr/>	
Notas	80

Suplemento de la revista *Huellas - Litterae Communionis*, n. 9 octubre de 2007

Maquetación: IMÁN COMUNICACIÓN
Impresión: GRÁFICAS ENAR